

Vida Cristocrática

DIRECTOR - PROPIETARIO
ENRIQUE CASAL (LEON-BOYD)



Por su cultura, por su inteligencia, por su belleza y simpatía, la señorita Pepita Mendoza, condesa de Rojas, ocupa un puesto distinguido en la sociedad madrileña. Hoy nos honramos publicando su retrato, ya que en otras ocasiones nos honramos también reproduciendo en nuestras columnas bellas crónicas debidas a su pluma. Porque la hija de la condesa viuda de la Corte figura, para nuestro orgullo, en el cuadro de nuestras amables colaboradoras.

Año V. — Núm. 127
15 Octubre 1924

Teatro

PRINCESA.—*El juramento de la Primorosa*, sainete madrileño en tres actos por Pilar Millán Astray.

Dicen que Pilar Millán Astray ha observado directamente, en un salón de peinar señoras de los barrios bajos, los tipos y las escenas que reproduce en su obra estrenada por la compañía Alba-Bonafé en la Princesa.

Tres rasgos principales pueden señalarse en el sainete de la señora Millán Astray: afán de verdad, honradez artística y la maestría suficiente para retratar acciones y personajes bajo el aspecto que se propuso la autora, graduando las demás facetas de la vida corriente observada y recogida del natural desde el comienzo de la penumbra, que limita el primer plano, hasta el fondo dividido a lo lejos.

Si Pilar Millán Astray hubiese querido escribir una comedia de tesis habría puesto en su obra un *raisonneur*, a la manera de los de Dumas hijo, encargado de pronunciar discursos contra una base de nuestro Código Civil vigente, que prohíbe la investigación de la paternidad. Porque *El juramento de la Primorosa* es, en resumen, un alegato en favor de las pobres muchachas del pueblo de Madrid que son burladas por sus novios y abandonadas después al dolor, a la vergüenza, a la miseria quizá, con hijos sin nombre y con poquitas probabilidades de casarse, constituir un hogar y realizar el sueño dorado, la aspiración suprema de toda mujer española.

La autora, con muy buen gusto, no ha hecho de una doctrina abstracta el eje central de su sainete, que envuelve un melodrama. Se ha limitado a presentar la vida madrileña de los barrios que llaman castizos tal como ella es, pero acusando con fuerza la pintura de aquellos rincones del corazón femenino que más pena reciben en el desvío amoroso, y así la mayoría de las muchachitas peñadoras que vemos desfilar por el salón de Dolores, la *Primorosa*, son chicas honradas y buenísimas en el fondo, que han sufrido algún desengaño, generalmente con malas consecuencias. Fuera de estas penas y burlas de amor, nada sabemos de cómo piensan y sienten en otros capítulos de la psicología, la *Primorosa* y sus oficiales. Dolores, el tipo admirablemente interpretado por Irene Alba, es un carácter de una pieza, como dicen ciertos psicólogos de ocasión. Ella fué también burlada en sus juventudes, y fruto de aquel amor es la guapísima Paloma a quien el barrio elige reina de la belleza para la verbena de su nombre. La *Primorosa* está casada con un hombre honrado a carta cabal. Conoció su desgracia y la bondad de su corazón y de sus sentimientos y no vaciló en darle a ella un buen esposo y un apellido digno a la niña sin padre. Su verdadero padre lo es él, porque él la ha alimentado, la ha educado, y en compañía de Dolores ha moldeado su alma en el troquel de la bondad y de la honradez más acrisolada. Paloma tiene un novio, Cayetano. Ambos se adoran y todas las circunstancias parecen disponerse para que la felicidad establezca su reino en el salón de peinar señoras de Dolores, la *Primorosa*. Cayetano ha engañado a una pobre huérfana y de ella tiene una hija. Al conocer la Sole—tal es el nombre de la mujer burlada—que su ex-novio ha de casarse con Paloma, acude a casa de la *Primorosa* y solicita auxilio para ella que está enferma y desvalida y para la pobre niña inocente que tendrá que ir a un asilo el día en que la madre muera. La *Primorosa*, acordándose de su propio deshonor, jura a la infeliz mujer que Cayetano se casará con ella y cumplirá como bueno. Dolores mantiene su juramento y sufre y se destroza el alma viendo padecer a su hija. Naturalmente, las cosas se arreglan de modo que tras la tormenta viene la calma y el sol de la felicidad alumbró de nuevo aquel hogar modelo de hogares. Cayetano se casa con la Sole, pero como la Sole está tan enferma, muere ensegui-

da y ya viudo el galán, se dispone a hacer feliz a Paloma y esta adopta por hija suya a la niña huérfana.

Como se ve, *El juramento de la Primorosa* es un melodrama con todas las de la ley. Los caracteres están todos dispuestos para el mayor realce del melodrama. Allí no hay nadie malo. Sería cosa de irse a vivir al salón de peinar de la *Primorosa*, porque aquello debe de ser un paraíso. La parte de sainete que envuelve el melodrama y que da ocasión de lucirse a Irene Alba, revela observación de primera mano y gracia en el encadenamiento de escenas y episodios y en el trazado de los diversos tipos madrileños que por allí desfilan.

Yo no sé si la autora habrá visto también con sus propios ojos el tipo de don Miguelito que es el encomendado a Bonafé. Pero el don Miguelito, lo mismo que el carácter entero de la *Primorosa*, heredero de las Manolas del Dos de

Mayo que retrató Goya junto al Manzanares, diríanse sacados de las novelas de Galdós, a quien no deja de citar la autora por boca de don Miguelito. Claro que la colaboración de Galdós en la génesis de personajes y rasgos distintivos de los caracteres, no es defecto. Antes al contrario, debemos felicitar una vez más por su buen gusto a Pilar Millán Astray. Irse a observar el natural en buena compañía no perjudica nunca, y el caso de ahora es buen ejemplo.

Por su mucha teatralidad, lo bien dispuesto de la acción y de los episodios, el acierto al reproducir tipos y escenas que se ofrecen como la verdad misma, el prurito de que reine en el mundo la lealtad y la honradez y la inmejorable interpretación de Irene Alba, Carmen Jiménez, Bonafé, y en general toda la Compañía, *El juramento de la Primorosa*, es obra que se ve más de una vez con sano deleite.

LUIS ARAUJO-COSTA

UN ARTÍCULO DE LA INFANTA D^{NA} PAZ

A continuación reproducimos el siguiente artículo de la Infanta Doña Paz, que vió la luz en España en las columnas de *A B C*.

La noble dama española que tanto sufrió durante la guerra, tiene la virtud de saber comunicar con la sencillez de su estilo literario, fácil y sincero, las emociones que recibe en sus visitas y viajes.

Ahora ha estado en Inglaterra. Y en cuatro trazos evoca la gran tragedia de los prisioneros de la conflagración mundial.

Cuando parecen quietadas las pasiones, parecen también olvidadas aquellas angustias y aquellos horrores. Y es la pluma emocionada de una mujer buena la que, en un momento, nos presenta el cuadro de lo pasado, que ha de servir de enseñanza y advertencia para el porvenir.

He aquí, a continuación, la bella crónica de la Infanta española:

«Al llegar los deseados días en que, como los árabes hacen su peregrinación a la Meca, emprendo yo anualmente con mi familia el viaje a España, una ahijada mía, que desde niña me quiere como a una madre, me pidió que viniera antes a pasar con ella unos días en su casa de Londres. Accedí a su ruego, porque sabía que no era una invitación de las que se hacen por cumplir, sino que lo deseaba de corazón, y en ello tendría una verdadera alegría.

Y aquí estoy, en Londres, con mis hijos, admirando esta inmensa metrópoli, tan interesante por sus recuerdos históricos como por sus manifestaciones del espíritu moderno. El amo de la casa me lleva él mismo en su automóvil a todas partes.

El otro día manifesté mi hijo Adalberto el deseo de visitar el sitio en que está enterrado su ayudante, mejor diría, su amigo y compañero, el capitán Karl Krembs, que durante la guerra fué herido y prisionero de los ingleses y murió aquí después de tremendos sufrimientos.

Al estallar la guerra, todos los ayudantes de los príncipes se separaron de sus señores; se habían acabado las etiquetas, y cada uno de ellos ocupó el puesto que, según su capacidad o categoría militar, convenía a la defensa de la Patria. Un apretón de manos, un «buena suerte» murmurado con toda la entereza posible, y... nada más.

Apenas volvimos a ver al pobre Krembs; un día vino su mujer, y con mano temblorosa nos enseñó una carta, en la que le anunciaban que su marido había caído herido y prisionero de

los ingleses. De cuando en cuando escribía él algunos renglones animando a su mujer y diciendo que le trataban bien, hasta que, por fin, llegó una carta del médico del hospital en que pronosticaba el fatal desenlace final. «*He is a perfect gentleman.*» «Es un perfecto caballero», añadía. Así era, en efecto, Krembs, como lo decía su propio enemigo: un perfecto caballero.

Mi hija, antes de salir de Munich, había pedido a su pobre madre—su mujer ya no vive—las señas del cementerio en que está enterrado. Allí fuimos en una de estas mañanas melancólicas del otoño inglés. Llegamos a la verja del edificio: «¿Están aquí enterrados prisioneros alemanes?» «Sí, señor.» «¿Se pueden visitar sus tumbas?» El hombre a quien interrogábamos nos presentó un papel y un lápiz, y dijo solamente: «Escriban el nombre de la persona que desea visitarlas.» Leyó en alta voz, como si quisiera asegurarse de que era así: «Príncipe Adalberto de Baviera», y entró en el edificio. Al poco tiempo salió otro hombre, que nos preguntó el nombre del muerto. «Capitán Karl Krembs», le contestamos. «¿Qué número tiene su tumba?» «No lo sabemos, pero déjenos usted buscarla.» Nos miró con verdadera compasión, y añadió, inclinando un poco la cabeza: «Son muchas.» Nos llevó al cementerio; eran, en efecto, muchas. En las fosas en que están enterrados los soldados no hay más que números; en las de los oficiales, ocho en cada una, están escritos sus nombres. Empezamos a recorrerlas todas, cada uno de nosotros por su lado. De repente exclamó mi hija: «Aquí está», y en silencio nos dirigimos allí. Mi hijo, con la cabeza descubierta, inclinó la rodilla en tierra. Era el encuentro de los dos amigos después de la catástrofe. «¿Permite usted que fotografíe la tumba, para enviársela a su madre?», preguntó mi hija al guardián. «Espere un momento», contestó mientras cogía una corona de ramas de pino atada con cintas de los colores alemanes, que el día antes había depositado un joven alemán sobre la tumba de su novio, y la colocaba sobre la de Krembs. «Ha venido de Alemania—nos dijo—, y a la madre le gustará ver sobre la tumba de su hijo esta corona.» Luego la volvió a colocar en su sitio; fué aquello como si la mano compasiva del inglés hubiese hecho pasar sobre la tumba una ráfaga del aire perfumado de los bosques germanos.

Cruzamos con el guardián unas palabras más sobre la posibilidad de colocar una lápida, y nos alejamos del cementerio con una gran paz en el alma.

PAZ.

• Londres, Septiembre, 1924.

VÍCTIMAS DE LA CAMPAÑA

EL TENIENTE D. GUILLERMO KIRKPATRICK

EN los campos africanos, frente al enemigo ensoberbecido, ha dado su vida por la Patria un héroe más de estos que están siendo honra y orgullo de la juventud militar española: el valeroso primer teniente de Caballería D. Guillermo Kirkpatrick y O'Donnell, hijo de los marqueses de Altamira. En las páginas de la dolorosa campaña actual su nombre figurará entre los más esclarecidos y abnegados.

En la sociedad madrileña, en la que tantas y tan merecidas simpatías goza la familia de los marqueses de Altamira y gozaba el bizarro oficial, ha sido también profundamente deplorada la desgracia. Toda ella se ha asociado de corazón a la honda amargura de los marqueses de Altamira y de sus otros hijos, y más especialmente de su bondadosa y amantísima madre, en cuyo corazón sangra aún la terrible herida de la pérdida de su hija María Antonia, esposa que fué de don Ricardo de la Cierva.

El valiente oficial Guillermo Kirkpatrick nació el 30 de Julio de 1902 e ingresó en el Ejército el 1.º de Septiembre de 1918, como alumno de la Academia de Caballería. Al salir alférez, en 7 de Julio de 1921, fué destinado al regimiento de Dragones de Numancia, pasando después a la Escuela de Equitación, en concepto de alumno. En ella continuó al ascender a primer teniente el año anterior, siendo ayudante de profesor.

Muy amante de su profesión, por el aboengo militar de su respetable familia, al ser destinado recientemente a Marruecos pidió que se le incorporara a los Regulares de Tetuán. No habiendo plaza en este valeroso Cuerpo, se le destinó a la Mejala jilifiana.

Con esta luchó en diversas ocasiones, lleno de entusiasmo y ardimiento, distinguiéndose por su valor sereno.

Su heroica conducta le valió ser citado en distintas ocasiones en las órdenes del día.

El valiente oficial rindió su vida por la Patria al frente de su sección, com-

batiendo cerca del Fondak, dejando entre sus jefes y compañeros el recuerdo de un militar entusiasta y abnegado, lleno de amor al Ejército y dispuesto siempre a dar su vida por el honor de la bandera, sin vacilaciones.

Las cartas que desde Marruecos en-

viaba a su familia rebosaban estos sentimientos.

El bizarro teniente era hijo del coronel director de la Escuela de Equitación, don Guillermo Kirkpatrick y O'Farrill y de doña María Victoria O'Donnell y Vargas, marquesa de Altamira. Su abuelo paterno, que llevaba el mismo nombre, fué militar también, así como el abuelo materno, el ilustre ministro de Estado duque de Tetuán, que heredó su título de aquel gran soldado que en la guerra de Africa de 1869 cubrió su nombre de gloria.

Tios del heroico oficial muerto ahora son el actual subsecretario de la Guerra, duque de Tetuán, y la marquesa de Valdeiglesias, entre otros.

El cuerpo del teniente Kirkpatrick fué traído desde Africa a Madrid. El entierro fué una extraordinaria manifestación de duelo.

Los restos del heroico oficial fueron acompañados, desde Ceuta, por el duque de Tetuán.

En la misma estación se organizó la comitiva, que condujo el cadáver a la Sacramental de San Isidro.

La presidencia la constituyeron el subsecretario de Guerra, tío del finado; el coronel de Caballería, ayudante del Rey, marqués de Zarco, quien dió sentido pésame a la familia en nombre del Monarca; el teniente coronel Jurado, que representaba al Infante Don Alfonso; el jefe del Estado Mayor Central, capitán general duque de Rubí; el exministro don Juan de la Cierva y su hijo don Ricardo, hermano político del malogrado oficial, los hermanos de éste, don Federico, don Carlos y don Luis, su primo don José Ignacio Escobar y el alcalde de Madrid, conde de Vallellano.

Comprendemos el dolor que sufren los padres, para mitigar el cual son inútiles las palabras. Solamente podrá servirles de lenitivo el saber cómo su hijo ha sucumbido gloriosamente, honrando los ilustres apellidos que llevaba, y el ver cómo toda la sociedad madrileña se ha unido a su pena, deseándoles cristiana resignación y consuelo.

De corazón nos asociamos a su pena.



El teniente de Caballería don Guillermo Kirkpatrick y O'Donnell, muerto gloriosamente por la Patria en el Fondak (Tetuán). Foto. Kaulak.

Para quienes luchan por la Patria abnegadamente, sean nuestra gratitud y nuestra admiración.

Por quienes han entregado sus vidas, en defensa del honor de España, sea nuestra plegaria fervorosa.

EL PALACIO DE KENSINGTON

GENERALMENTE todos los Castillos y palacios antiguos despiertan un especial interés, bien sea por su historia, por el lugar de su situación o por la arquitectura y obras de arte que encierran. Tal sucede con las residencias reales inglesas.

Entre los numerosos palacios que poseen los Soberanos de Inglaterra, llama poderosamente la atención el de Kensington, cuya construcción data del siglo XVII. Fué mandado edificar por María y Guillermo de Orange, empezándose los trabajos en 1689; los cuales no terminaron hasta 1806. Después fué residencia favorita de los Reyes de Inglaterra. Pero Kensington Palace debe su mayor celebridad a haber sido la cuna de la gran Reina Victoria, y el lugar donde pasó los primeros años de su vida. Para conmemorar el LXXX aniversario de su nacimiento deseó la Soberana que se abrieran al público las habitaciones reservadas. Estas habían sido anteriormente restauradas primorosamente, causando la admiración de cuantos visitantes desfilaron por la augusta morada.

Como hemos dicho, Kensington Palace empezó a edificarse en el Reinado de Guillermo III y María; pero antes de terminar su construcción moría allí la reina, a consecuencia de las viruelas, en Diciembre de 1694. Ocho años más tarde falleció también en Kensington, Guillermo de Orange de resultas de una caída de caballo que sufrió en Hampton Park.

La Reina Ana, no solo heredó de su hermana María la corona de Inglaterra, sino también un particular afecto al Palacio por ella construido. Gastó la Reina desgraciada mucho tiempo y dinero en el cultivo del parque que rodea el Palacio. Cuéntase que ella misma pasaba largas horas plantando y cuidando de sus flores.

Viviendo generalmente en Kensington no tiene nada de extraño que tanto su muerte como la de su marido, Jorge de Dinamarca, tuvieran lugar en dicha residencia.

En 1721 Jorge I que sentía un cariño especial hacia dicho Real Sitio, tuvo la buena ocurrencia de agrandar el edificio, para lo cual dispuso que una serie de vastas y sucesivas habitaciones fueran agregadas a las ya existentes. La ejecución de esta nueva planta estuvo encomendada a William Kent. Merced a esta reforma, Kensington Palace adquirió la grandeza y majestad que hoy día ostenta.

Como se sabe, Jorge I pasaba grandes temporadas en este Palacio, rodeado de sus favoritos alemanes, dejándose ver en público en muy pocas ocasiones.

Sin embargo, Kensington Palace no adquirió todo su esplendor ni fué nunca tan favorecido por la corte como en el reinado de Jorge II. La Reina Carolina, que era de las más asiduas en cultivar el arte, entonces tan en boga, de la jardinería, ocupábase extraordinariamente del jardín; además estaba constantemente ideando planes para hacer agradable y embellecer en lo posible la regia residencia.

La muerte de Jorge II, acaecida en Kensington en 1760, fué repentina. Hallábase el Rey en perfecto estado de salud, por lo menos en apariencia, cuando una mañana oyóse un fuerte golpe en la cámara regia. Acudieron presurosas las personas que se hallaban a su alrededor; pero ya era tarde. El Rey había



Exterior del Palacio real de Kensington.

muerto de la rotura de un vaso del corazón. Contaba entonces setenta y ocho años.

Así como en las épocas anteriores Kensington Palace fué muy favorecido de la corte, en el largo reinado de Jorge III fué casi por completo abandonado; sin embargo, algunos miembros de la familia real ocuparon en distintas ocasiones determinadas habitaciones del Palacio.

Ningún acontecimiento importante se registra en la historia de Kensington Palace, hasta que a principios del siglo XIX fijaron en él su residencia los recién casados duques de Kent, ocupando las habitaciones del primero y del segundo piso del ala oriental del Palacio.

Bien ajenos estaban entonces los duques de llegar a ser los padres de la gran Reina y Emperatriz que durante tantísimos años había de gobernar el Imperio Británico.

La futura Reina de Inglaterra nació el 24 de Mayo de 1819. En la habitación en que vino al mundo, se colocó en 1887 una lápida conmemorativa de su nacimiento. Dice así: «In this room Queen Victoria was born.»

Los primeros años y la juventud de la entonces Princesa Victoria se pasaron en Kensington, de una manera extraordinariamente sencilla y retirada. Su diversión favorita, siendo niña, era reconocer los jardines y el parque montada en un cochecito enganchado a una ca-



Habitación en que fué bautizada la Reina Doña Victoria.

bra o borriquillo. Posteriormente fué esto sustituido por un faetón, tirado por dos jaquitas.

Todas sus comidas las hacía al lado de su madre la duquesa de Kent; su cariño hacia ella se traslucía en todo. Jamás de noche consentía en estar lejos de ella, habiendo hecho colocar

su cama en la misma habitación de su madre.

Su vestido era muy sencillo; todo el adorno que llevaba era un «fichu» de color alrededor del cuello; pero esta misma sencillez realizaba su elegancia.

La joven Princesa vivía sin deseos ni ambiciones de gloria, cuando a la muerte del duque de York, el pueblo inglés vió la posibilidad de que la única hija de los duques de Kent llegara a ceñir la corona de Inglaterra; esta suposición no carecía de fundamento, puesto que los duques de Clarence no tenían sucesión. Así fué en efecto: el 20 de Junio de 1836 moría Guillermo IV en el Castillo de Windsor.

Inmediatamente, salieron el Arzobispo de Canterbury y Lord Conyngham, que ejercía las funciones de Camarero Mayor, llegando a Kensington a las cinco de la mañana.

Como el ujier les dijera que él nunca se atrevería a mandar que despertaran a Su Alteza, Lord Conyngham se limitó a contestar: «Tengo que tratar con la Reina asuntos de Estado y el sueño puede esperar.»

La Duquesa despertó a su hija mandándola bajar enseguida; minutos después se presentaba ésta, en zapatillas, con un chal que le cubría la bata, y el pelo colgando sobre los hombros, ante el Arzobispo y Lord Conyngham que la esperaban. El Camarero Mayor se puso de rodillas delante de ella, presentándole un papel que le anunciaba la muerte de su tío y su elevación al trono.

Desde aquel momento empezaba una nueva vida para la regia joven.

A las ocho de la mañana recibía al primer Ministro en audiencia privada y horas más tarde presidía su primer Consejo de Ministros. Fué introducida en el «Council Chamber» por sus tíos los duques de Cumberland y de Sussex, tomando inmediatamente el sitio presidencial. Wilkie, nos dice que vestía un traje muy sencillo de luto. Leyó el discurso con voz clara y firme, sin revelar ningún miedo ni turbarse un solo instante.

Los duques de Cumberland y de Sussex, fueron los primeros en prestarle juramento, y como estos venerables ancianos, sus tíos, se arrodillasen delante de ella en señal de sumisión y le besasen la mano, a la nueva Reina se le llenaron los ojos de lágrimas, como si advirtiera el contraste entre el nuevo tratamiento que le daban y la intimidad y confianza con que hasta entonces la habían tratado. Los abrazó efusivamente y levantándose acompañó al duque de Sussex, al cual por su mucha edad le había costado mucho trabajo acercarse a ella.

Al día siguiente, 21 de Junio, Su Majestad era nombrada solemnemente Reina de la Gran Bretaña e Irlanda, en el momento en que se asomaba en uno de los balcones de St. James's Palace, y que un cañonazo del Parque lo anunciaba al pueblo.

El 13 de Julio, la Reina acompañada de su madre, la Duquesa de Kent, decía definitivamente adiós, al lugar en que había nacido y donde tan felizmente había pasado su juventud.

En pocas palabras hemos contado la Historia y acontecimientos principales acaecidos en Kensington Palace; arquitectónicamente la parte más antigua del Palacio es la fachada del Sur, que fué mandada construir por Guillermo III y María, aprovechando la parte ya existente de Nottingham House. Todo el

exterior es de ladrillo colorado y obra del insigne arquitecto Cristóbal Wren.

Bajo la dirección de Kent se construyó en el reinado de Jorge I, el ala oriental del Palacio, que carece de interés y buen gusto.

La entrada pública al Palacio se hace por los jardines de Kensington, teniéndose primeramente que pasar por un antiguo pórtico georgiano. Inmediatamente se encuentra uno en la llamada «Queen's Staircase» que da acceso a las habitaciones principales. Son obra de Wren. El busto de un negro que se encuentra allí representa al criado favorito de Guillermo de Orange.

Las Reinas María II y Ana sentían especial predilección por la galería que lleva el nombre de la primera. El artesonado es maravilloso; las pinturas que adornan sus paredes son retratos del tiempo de Guillermo y María, y los espejos son magníficos y dignos de especial atención.

El gabinete de la Reina tiene también magnífico artesonado de roble, y las pinturas de flores que lo adornan se deben al pincel de Baptist, un gran artista del tiempo de la Reina María. Tanto las habitaciones privadas de ésta Reina como las de su marido, encierran grandes cuadros históricos.

El comedor de confianza de la Reina Ana tiene una gran importancia en la historia, por ser allí donde celebraron las conferencias con la Duquesa de Marlborough que tuvieron tanta trascendencia; llama la atención en dicho comedor, el magnífico cuadro de Angillis, representando la Institución de los Caballeros de la Jarretiera por la Reina Ana y un retrato de ésta con su marido y su hijo.

En el salón de la Reina Carolina, no brilla el buen gusto de Kent; las puertas son extraordinariamente altas y delgadas y desproporcionadas con el resto de la habitación. Lo único interesante es una alegoría representando a Minerva ayudada por la Historia y las Artes, y unos retratos de Luis XVI y Luis XVIII.

Hay que hacer justicia al arte de Kent al admirar el llamado «Cúpula or Cube Room». Todo es suntuoso, espléndido y brillante en esta habitación; grandes pilares de mármol sostienen las puertas, y las pinturas que lo adornan son de un colorido ideal. Seis hornacinas contienen estatuas de plomo representando a Ceres, Mercurio, Venus, Minerva, Baco y Apolo. Las cornisas y molduras de las ventanas son también de mármol, así como la chimenea y un bajo relieve representando una boda romana, debido al cincel de Rysbrach. El techo abovedado es azul y oro y digno remate de tan hermosa habitación.

Fué en este salón donde el 24 de Junio de 1819 fué bautizada la Princesa Victoria.

La pila real fué traída desde la Torre, y cubierta con un paño de terciopelo rojo enviado de la Capilla Real de St. James. En la ceremonia ofició el Arzobispo de Canterbury, asistido por el Obispo de Londres. Después del bautizo se repuso en el centro de la habitación, ocupando hoy día el mismo sitio, un magnífico reloj. Tiene este cuatro caras y su parte superior está adornada con figuras de plata que representan escenas clásicas. Junto a las paredes se pueden admirar interesantes y antiquísimas sillas masónicas.

Al mismo tiempo que las anteriores habitaciones, se construyó también el salón del Rey. En el también Kent demostró su superioridad en el dibujo y decorado. Sin embargo, el techo representando a Júpiter y Semele adolece, como casi todas sus producciones, de buen gusto.

Su mano se dejó también sentir en los jardi-

nes, mandados plantar por la Reina Ana. Podemos ver la influencia de su mal gusto, que fué seguida con entusiasmo por la Reina Carolina y su jardinero Bridgman, con el terreno que se extiende en la parte central del edificio.

En el salón del Rey hay pinturas de West y un gran retrato de Jorge III pasando revista a



La galería de la Reina María.

los Húsares en Hyde Park, debido a la experta mano de Beechey.

El decorado y los frescos en las paredes y techos de la gran escalera del Rey se deben también a Kent y representan señoras y caballeros de la Corte de Jorge II.

Una de las habitaciones más interesantes y bonitas en Kensington Palace es «King's Gallery» construida en 1693 por Cristóbal Wren, para el uso de Guillermo III. La cubierta de la chimenea del tiempo de aquel Rey todavía existe, así como también un mapa curiosísimo del Noroeste de Europa en el que se encuentran los nombres de las principales ciudades del Norte de Francia, Holanda y las Islas Británicas. Alrededor del mapa se ven las puntas de un compás. Todavía existe en el techo una veleta que, en combinación con una varilla de hierro, mueve sobre el mapa un antiguo puntero. Por medio de este aparato podía saber el Rey Guillermo la dirección del viento en sus Estados. Esta veleta llamó poderosamente la atención de Pedro de Rusia cuando visitó Inglaterra en 1808. Cuéntase que fué en este cuarto donde Guillermo de Orange, después de su accidente en Hampton Park, estando un día tratando de hacer ejercicio para recobrar el



La galería del Rey Guillermo.

movimiento, fué atacado de una intensa fiebre que en pocos días le llevó al sepulcro.

Este despacho era también muy frecuentado por la Reina Ana y su marido y posteriormente por Jorge I. Reinando este Monarca, Kent pintó el techo.

Ultimamente han sido traídos a esta habitación retratos y vistas de Londres del siglo XVIII. También se debe a Kent el techo, en estilo clásico, de la habitación presidencial, cuya construcción fué dirigida por Wren.

Al hablar de Wren no debemos olvidarnos de «Queen Anne's Orangery». Es uno de los mejores modelos del Renacimiento inglés y una magnífica muestra del arte de la jardinería en Europa.

Como Kensington tiene una especial atracción por haber nacido allí la Gran Emperatriz inglesa, tenemos necesariamente, al recorrer las estancias del histórico palacio, que pararnos ante la «Nursery» y el dormitorio donde pasó sus primeros años.

La habitación denominada «Nursery» fué llamada así por haber servido por algún tiempo de cuarto de jugar a la Reina Victoria. Después la ocupó la Princesa de Teck, siendo allí donde nació el 26 de Mayo de 1867, la actual Reina María.

Encima de la chimenea se encuentran palos y cachiporras indias que pertenecieron a la Reina Victoria; y la vida y hechos principales de su reinado están reproducidos en pinturas y grabados que adornan las paredes. Para las edades futuras más aun que para las actuales, tendrá mucho más interés que los pomposos salones que hemos recorrido, la habitación tan sencillamente decorada que sirvió de dormitorio a esta Reina tan querida en Inglaterra.

No olvidemos que fué en esta habitación donde una mañana la despertó su madre, para anunciarle su elevación al Trono.

Como una reliquia se guarda en esta estancia la casa de muñecas de la Reina Victoria y todos los juguetes que conservaba desde niña. Durante algún tiempo fueron recogidas todos los objetos que la pertenecían, pero al cumplir los ochenta años, deseó que todo fuera repuesto en su sitio, como actualmente puede verse.

Para el visitante es, pues, un verdadero regalo la contemplación de estas estancias. Aparte su mérito, ofrecen el gran interés de evocar, entre otras figuras famosas de la historia de Inglaterra, la de la Reina que es hoy universalmente considerada como modelo de Reinas.

La abuela de nuestra Reina Victoria tuvo la virtud de hacerse adorar por todos sus súbditos y apreciar por todos los monárquicos del mundo. Para los españoles tiene su memoria una especial consideración, acaso por el hecho de ser nieta suya la dama que hoy comparte con Don Alfonso XIII las alegrías y las preocupaciones del Trono de España.

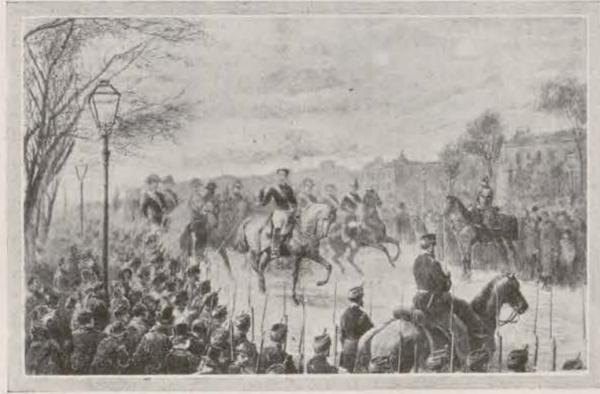
La infancia de la que fué Princesita Ena de Battemberg está unida a una porción de recuerdos de la vieja Reina Victoria. Abuela y nieta se adoraban y acaso hayan sido testigos de alguno de esos tiernos idilios las estancias del mismo Palacio de Kensington que habían visto antes la niñez de la Soberana inglesa.

Por eso es de presumir que en los viajes frecuentes que nuestra Reina hace a la Gran Bretaña en unión del Rey y de los Infantes, más de una vez haya evocado, no sin cierta melancolía, aquellos días sin igual de la primera infancia en que correteaba con su hermano el Príncipe Alejandro, por los jardines de Windsor o por las estancias de Kensington y de Westminster.

Recorriendo ahora el visitante estos Palacios ingleses, severos y suntuosos, los halla por asociación de ideas, más cordiales y efusivos si piensa por un momento en las figuras infantiles de Princesitas de cabellos dorados que luego han sido Soberanas de pueblos y han sabido reinar en sus corazones.—C. F. S.

LOS DOS EJÉRCITOS

RECUERDO HISTÓRICO



Su Majestad el Rey pasando revista.

Albores del año.

TRANSCURRÍA el mes de Enero del para España, año venturoso de 1876; doce meses hacía que la Restauración era un hecho y la Guerra Civil Carlista, iniciaba los ecos del cañón de Alcolea, tocaba a su fin.

Los facciosos del Norte, tan arrogantes en los días de la República Federal-Cantonal, de Somorrostro y de San Pedro Avanto, ahora, aunque dispuestos buen número de ellos a morir matando en holocausto de su eclipsada Causa, los más, cansados, ante la falta de ambiente y de municiones, ante la inutilidad de una lucha que desangraba y empobrecía a España, impidiendo el desarrollo de la industria y del comercio, del moderno Progreso, presentábase a indulto o pasaban la frontera francesa.

Los partidos políticos dinásticos de la Revolución de 1868, llamada Gloriosa, a la voz de Cánovas del Castillo, aproximábase al Trono, y allá en la Perla de las Hispanas Antillas, en la Isla de



S. A. R. la Princesa de Asturias, presenciando el desfile.

Cuba, pensábase también en la Paz.

Llegaba la terminación de tantas y tantas luchas militares y políticas que, desde tiempos bien lejanos, ensangrentaban el suelo español, escribiendo páginas heroicas, páginas de titanes, de verdadera leyenda, pero tristísimas a la vez, por ser entre compatriotas, entre hermanos.

Siempre la fisonomía de Madrid fué alegre, aún en los días más amargos del Caos; pero desde que, al pisar de nuevo las clásicas riberas del Manzanares el Rey Don Alfonso XII, se trocó la capital de España otra vez en Villa y Corte, la animación era grande, rivalizando en ella todas las clases de la Sociedad.

Algo preocupaba a la gente, en los comienzos del 1876, las muchas defunciones por la intensidad del frío; pero después de la gran nevada en la noche del 9 al 10, tan grande que los madrileños no evocaban otra semejante si no once años atrás, el 25 de Diciembre de 1864; la columna termométrica ascendió desde 6 bajo cero, en que estaba fija, y los ánimos se tranquilizaron.

El espeso manto de nieve en que Madrid apareció envuelto en la mañana del 10, fué otra novedad que había que añadir.

Los que aquellos días vivieron, recuerdan, no sólo los magníficos panoramas que presentaba la Villa desde el Viaducto y en el Retiro, sino también las notables esculturas del Cardenal Cisneros y de Don Federico Madrazo, hechas de nieve por los alumnos de la Escuela de Bellas Artes.

Mucho se hablaba entonces de las próximas elecciones, señaladas por el Presidente del Consejo, para el día 21, de la mayor o menor probabilidad del triunfo de los diferentes candidatos; del manifiesto electoral famoso dado desde París por el insigne tribuno D. Emilio Castelar y de la apertura de las Cortes, a su vez, señalada para el 15 de Febrero. Ocupábase también la opinión del impulso gigante que el Gobierno se proponía dar a la Guerra del Norte en las inmediatas operaciones, paralizadas, en aquellos momentos, por los temporales; de los festejos con motivo de la fiesta onomástica de S. M. el Rey; del viaje del Príncipe de Gales por la India y de la lucha sangrienta de Herzegovina, prólogo del gran drama entre los Imperios Otomano y Ruso.

Los amantes del Arte y a la vez entusiastas de Clio, todavía continuaban censurando la idea del derribo de la Iglesia y Convento de San Jerónimo, por necesidades en el ensanche del Parque del Retiro, idea que quiso ponerse en práctica en el Otoño del 75.

Así dice, refiriéndose a ello, en una de sus crónicas D. Ricardo Sepúlveda. «Junto a la maravilla del arte griego, el esplendor del arte cristiano; junto a la columna dórica, la ojiva misteriosa; junto al paganismo simbólico, el misticismo monacal; el firmamento azul, barrera del infinito, junto al Olimpo de Atenas plagado de Dioses.»

«El Monasterio de San Jerónimo con sus ruinas y sus torres que rasgan las nubes buscando en el Cielo el camino de la Oración, es un modelo de arquitectura gótica de la Edad Media, que el Madrid Moderno debe admitir como herencia piadosa del Madrid antiguo.»

«Joya que el tiempo respeta, no debe caer herida por la mano del hombre; templo donde se unieron tantos Monarcas, debe vivir tantos siglos como las Pirámides de Egipto, tanto, cuando menos, como el Poder Real que sus torres simbolizan.»

Como de Madrid se habla, y del Madrid del mes de Enero, no puede pasarse en silencio la fiesta de San Antón en el año imborrable de 1876.

De este modo la relata D. Carlos Frontaura. «La fiesta del bendito solitario de la Tebaida, de San Antonio Abad, es una de las más tranquilas y ordenadas fiestas, aunque a ella asistan muchos animales.»

«Los jinetes, unos, elegantes, apuestos, cabalgando en briosos corceles; los otros, luciendo la airosa chaquetilla y el pantalón ajustado, montados en jacos muy corridos y destinados, por su desdicha, a la Plaza de Toros, y otros, en fin, matuteros de profesión, en jameigos acostumbrados a no comer, más ligeros que el viento, entran por la calle de Hortaleza y salen por la de Fuencarral, y vuelven a entrar por aquella y a salir por ésta, y así se pasan la tarde.»

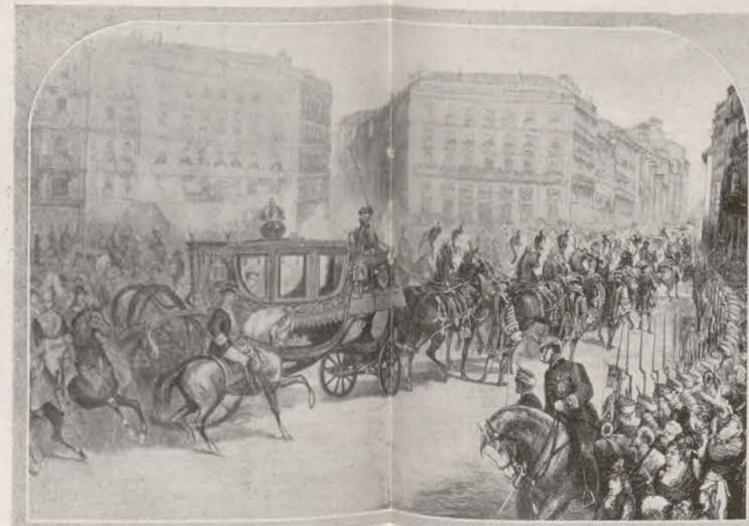
«Por las aceras pasea la gente, y en balcones y ventanas las vecinas lucen sus lindes caras, y de cuando en cuando se ve cómo asoma la gaita alguna patrona bigotuda, o algún señor gordo, de bata de ramos y gorro más o menos griego, o alguna dama de gran estampa, que tiene en sus brazos al perrito envuelto en una especie de saco ruso para preservarle del frío.»

Amaneció el 23 de Enero, día de San Ildefonso, Santo del Soberano, fiesta onomástica primera que Don Alfonso XII celebraba en su Trono.

El nebuloso aspecto de la mañana parecía anunciar que la lluvia desluciría, por lo menos, la gran Parada que se preparaba. Pero las horas pasaron, y aunque el frío se dejaba sentir, el día se mantuvo sereno, brillando a ratos el Sol.

A las once y media tuvo lugar en el Real Alcázar y en el Salón del Trono, la Recepción.

S. M. el Rey, que vestía uniforme de Capitán General, con calzón blanco y botas de montar, que cruzaba su pecho con la banda de San Fernando y ostentaba la Cruz Laureada y el Toisón de Oro, sentóse en el Solio, bajo el Dosel, teniendo a su izquierda a su Augusta hermana S. A. R. la Serenísima Princesa de Asturias, que lucía traje blanco y rosa con adorno de encaje y en la cabeza ricas plumas. A la derecha del Monarca se colocaron los Ministros, los Grandes de España y los Gentiles hombres, y a la izquierda de la Princesa, las Damas de María Luisa. Enfrente de las Personas Reales estaban



Paso del Monarca D. Alfonso XII por la Puerta del Sol, en la tarde de la apertura de las Cortes

el Cuerpo Diplomático Extranjero, presidido por el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Simeoni, hallándose a su derecha la Plana Mayor del Real Cuerpo de Alabarderos y a su izquierda los Mayordomos de Semana y Altos funcionarios de Palacio.

A la Recepción asistieron numerosas representaciones de todas las Corporaciones eclesiásticas, civiles y militares de Madrid, que se inclinaron respetuosamente ante Don Alfonso y Doña Isabel.

Después tuvo lugar la Recepción de señoras, que estuvo también espléndida, y a la que asistieron las más ilustres damas de la Aristocracia española.

«A la una — escribe un cronista — terminó esta doble solemnidad monárquica, que hizo recordar los mejores tiempos de la Corte de las Españas.»

Poco antes de las dos, S. M. montó a caballo, y al frente de un numeroso y brillante Cuartel Real, que componían el Ministro de la Guerra y el Cuarto Militar del Soberano, los Directores de las distintas armas y ayudantes de campo y de órdenes, cerrando la marcha el Escuadrón de la Escolta Real y secciones de cazadores, carabineros, lanceros y tiradores; por la Plaza de la Armería, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá y Plaza de La Cibeles, se dirigió a pasar revista a las tropas que, en número de 16.000 soldados, se encontraban formados desde el Paseo de Recoletos hasta el Obelisco y altos de la Fuente Castellana, y desde el Salón del Prado, por Neptuno y el Botánico hasta la Estación del Ferrocarril del Mediodía, Basilica de Atocha y lugares inmediatos.

La Princesa de Asturias, en carretela abierta a la Grand Doumon, se dirigió al lugar de la revista por la calle del Arenal, precedida por 4 batidores de la Escolta Real y seguida por una sección del mismo Cuerpo.

El aspecto de las tropas no podía ser más admirable; reclutas todos, pues tres meses antes estaban en sus hogares, no lo parecía por su marcial apostura.

Constituían 3 divisiones de todas las armas, a las órdenes, respectivamente, de los Generales Beaumont, Segundo Cabo de Castilla la Nueva Muñoz Vargas y Conde de Cumbres Altas.

La 1.ª Brigada de la 1.ª división a las órdenes del brigadier Melgarejo, la com-

ponían la Compañía de Veteranos Milicianos Nacionales, batallones, Reservas 34 y 35 y el Provincial de Tarragona. La 2.ª brigada, al mando del brigadier Dusmet, la formaban las Reservas 36 y 37, el Batallón Escuela de Clases y una Compañía de jóvenes carabineros. La 1.ª brigada de la 2.ª división, al mando del brigadier Gamarra, la componían las Reservas 30 y 40, el batallón Provisional y una Compañía de jóvenes guardias civiles. La 2.ª brigada a las órdenes del brigadier Coello, las constituían, los batallones 1.º y 2.º del 3.º Regimiento de Ingenieros y el 14 tercio de la Guardia Civil.

La 1.ª brigada de la 3.ª división, al mando del brigadier Prat, la componían 2 compañías de Telégrafos y de Ferrocarriles del 3.º Regimiento de Ingenieros; 5 baterías y una sección de los Regimientos montados 1.º y 4.º de artillería, cañones Krup (26 piezas), y 2 compañías de transporte de Administración Militar. La 2.ª brigada, al mando del brigadier Pacheco, la formaban, el Regimiento de Húsares de la Princesa, 2 escuadrones de cazadores de Alfonso XII, uno de Extremadura, otro del Regimiento de Instrucción y el de la Milicia Nacional.

El desfile se hizo por la calle de Alcalá, siendo presenciado por la Princesa de Asturias desde la terraza del pabellón (hoy derribado) del Ministerio de la Guerra perteneciente a la Junta Consultiva, que ocupaba el ángulo entre la calle de Alcalá y el Paseo Recoletos.

Don Alfonso XII con toda el Cuartel Real y Escoltas se situó en el espacio comprendido entre el Teatro de Apolo y la calle de las Torres (hoy del Marqués de Valdeiglesias) delante del templo de San José, cuyas campanas repicaban y así como también las de la Iglesia y convento de las Calatravas.

Las fuerzas desfilaron en columna de honor por secciones, aclamando constantemente al Rey.

El espectáculo fué admirable; un gentío inmenso llenaba calles y balcones, apiñándose, muy especialmente, cerca de S. M., en el desfile, que fué, a su vez, presenciado, desde la Presidencia, por el Cuerpo Diplomático Extranjero.

Por la noche hubo banquete de gala en Palacio, algunas casas de la nobleza festejaron también el Santo del Soberano y en el Norte se solemnizó haciendo por primera vez, desde Septiembre de 1873, circular el tren en el trayecto férreo de Miranda a Victoria, con asistencia del Comandante en Jefe del Ejército, Teniente General Quesada y del Mariscal de campo Maldonado.

¿Cuál era entre tanto el curso de las operaciones de campaña?

Concluida definitivamente la guerra de Cataluña en Noviembre de 1875, a fines de este mes, fueron los Tenientes Generales Martínez Campos y Quesada llamados a Madrid por el Gobierno, con objeto de adoptar, en sucesivas conferencias, el plan de operaciones que vendría seguir para el rápido término de la Guerra del Norte, y estudiar, al mismo tiempo, la organización que habría de darse a las numerosas fuerzas encargadas de realizar tan importante y trascendental misión.

Opinaba el Ministro de la Guerra, y con él todo el Gobierno de D. Antonio Cánovas, que D. Arsenio Martínez Campos, con las fuerzas vencedoras del Centro y de Cataluña, organizase, bajo su mando, un Ejército, que habría de operar en Navarra; al mismo tiempo que don Jenaro Quesada con todas las fuerzas que peleaban en el Norte, organizase también, bajo su mando, otro Ejército que habría, a su vez,



Recepción en Palacio.

de operar en las Provincias Vascongadas y en los límites orientales de la Provincia de Burgos. Que iniciadas las operaciones y cuando se juzgase oportuno, S. M. Don Alfonso XII asumiría el mando en Jefe de ambos Ejércitos.

Opuso Quesada su opinión en contrario, alegando la falta de unidad de mando en un territorio que lo había estado, hasta entonces, bajo un solo general.

Insistió el Gobierno en sus propósitos y, aunque Quesada indicó que podía prescindirse de su persona para el mando de General en Jefe de uno de los dos Ejércitos, fué designado para dicho cargo.

En consecuencia, por Real Decreto de 14 de Diciembre se ordenó la disolución de los Ejércitos del Centro y de Cataluña, cuyas fuerzas habrían de pasar al Norte, para formar allí un Ejército que habría de llamarse de la Derecha, al mando de don



Allegoría del año.

LAS FIESTAS DEL PILAR

ZARAGOZA Y SU SANTA PATRONA

COMO siempre, Zaragoza ha solemnizado con actos brillantes la festividad de su Santa Patrona.

La Virgen del Pilar es Zaragoza, y Zaragoza es la gloria más sana y más robusta de la patria.

Pocas regiones tan compactas, en su heroísmo y en su historia, como Aragón; su nombre suena a escudo de combate, y su imagen llena el alma con la emoción de una grandeza legendaria que conmueve y alienta.

Podrá discutirse, —por nosotros no, —que la Virgen del Pilar se apareciera o no a Santiago y sus discípulos a la orilla del Ebro; pero lo que es innegable es que

esa Virgen, supremamente española, es madre de un alma intrépida, de un alma heroica, inmutable y fuerte como las rocas del Moncayo.

En nuestra historia, tan regional, tan individualista, tan llena de parcelas heroicas, pocas regiones cuentan con la general simpatía de ese gran pueblo que celebra la fiesta de su amada Pilarica, llenando las márgenes del Ebro con estruendo de guitarras y explosiones de jotas.

Todos, en esa edad en que el entusiasmo es la carne del alma, cuando leíamos con el corazón las paginillas resobadas del primer libro de historia, hemos querido ser aragoneses; hemos amado sus mártires y sus Justicias, sus heroínas y sus triunfos; han sido nuestras las conquistas de sus batalladores y de sus caudillos, el fragor de sus armas victoriosas en Oriente, la grandeza toda de ese pueblo de hierro... Y, sin conocerla, hemos querido a esa Virgen

capitana de la tropa aragonesa, ensalzada para siempre en las coplas delirantes de sus hijos.

¡Ah, ya nos queda bien poco de qué entusiasmarnos, y como los viejos guerreros rendidos al peso de la propia gloria, contamos, al calor de un fuego de memorias veneradas, los días aque-

llos en que no pesaba en nuestros músculos de acero la férrea armadura de combate!

Hoy es Aragón la que aparece, con su espléndida fiesta, consagrada por siglos y siglos de historia épica.

Aragón de las batallas y de los Concilios, de la Justicia y del Derecho, de

la bravura y de la patria independiente, defendida y conquistada con el doble rugido del cañón y de la copla.

Y aparece con todo su color nacional y simpático; con la falda rameada de flores y el largo lazo de seda colgado de la *clavellina*; con la manta policroma y el pañuelo de indiana bri-

llante; con la guitarra encintada de seda y llevando *todavía* en el corazón la misma jota, el mismo grito é idéntica bravura que ayer a los pies de su Virgen.

Pero hoy es una fiesta de paz la fiesta aragonesa; una fiesta en que sus pintores hacen una joya artística del cartel de los toros; una fiesta en que las zaragozanas rezan un poco a los pies del Pilar, con la piedad chispeante y graciosa de nuestras mujeres, y corren después a llenar el tendido y a bailar en el Coso.

Y, sin embargo, Aragón, *todo* Aragón, revive cada año en el recuerdo, con la intensidad de esas glorias *enteras* que no morirán nunca.

Este año no podían faltar los aragoneses a su tradición, y desde todos los pueblos de la región han acudido a Zaragoza, para pronsternarse una vez más ante la imagen de la adorada *Pilarica*.



Interior del templo del Pilar de Zaragoza. Reproducción escénica, debida al arte del ilustre pintor catalán don Salvador Alarma; hecha para uno de los cuadros de la obra «LA SOMBRA DEL PILAR», recientemente estrenada en Barcelona.

¡IDE ARAGÓN!...

¡QUE BUENAS SON!

Mirad qué reja. Contemplad qué cara,
detrás de los barrotos de la reja.
Es de noche. Y es honda la calleja;
mas, con la luna, resplandece clara.

¡Qué moza más cumplida! ¡Dios la am-
(para!
¡De qué virtud! ¡La Virgen la aconseja!
Es fuerte. Ni se dobla, ni se queja.
Y es más linda que un sol. Es... ¡la Pi-
(lara!

Galanes del lugar, los más bizarros,
solicitan su amor, tan requerido,
con jotas que repiten sus guitarreros.

Mas, ¡ay!, le cuentan su querer en
(balde,
¡Ha de ser el Alcalde su marido!!
¡Y ha de esperar! ¡Es hija del Alcalde!

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.

Bodas

EN la capilla de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, en la Parroquia de San Lorenzo de Sevilla, se ha celebrado la boda de la encantadora señorita Salud Escobar y Buiza, hija del ingeniero don Alfonso, con el distinguido abogado don Joaquín Murube y Turmo.

Este enlace constituyó un grato acontecimiento para la sociedad sevillana, y dió ocasión para que se pudiesen de manifiesto las muchas simpatías que los novios y sus familias gozan.

La capilla del Nazareno y el templo todo estaban adornados con profusión de flores, que convertían el altar en jardín y se enlazaban entre candelabros de plata. Rosas, nardos, jazmines y otras blancas flores constituían el adorno.

A los acordes de una Marcha nupcial entró en la iglesia la novia, del brazo de su padre y padrino. El novio daba el suyo a su madre y madrina, doña Gracia Turmo, viuda de Murube.

La señorita de Escobar estaba muy bella, vistiendo el blanco traje de raso, regalo del novio, con manto brochado y velo de antigua blonda, que es una verdadera preciosidad. Llevaban la cola dos monisimas niñas, de cinco a seis años, sobrinas de la novia: Salud Piñal y Escobar, hija de los señores de Piñal (don Manuel), y Salud Escobar y Fernández Jaro, hija de los señores de Escobar (don José Luis).

Bendijo la unión el distinguido sacerdote don Manuel Turmo y Benjumea, tío del novio, que pronunció una sentida plática. Como testigos firmaron el acta, por parte de la novia, su tío el marqués de Valdeiglesias, sus hermanos don Manuel Piñal y don José Luis Escobar, y su primo don José Luis Buiza, y por el novio, don Felipe Murube, don Valentín Escibano, don Ramón Ramos don Manuel Fernández Peña y don Paulino Martínez Girón.

En la concurrencia, figuraba doña Tomasa Escibano, viuda de Murube, abuela del novio y dueña que fué de la famosa ganadería, que hoy es propiedad de doña Carmen de Federico de Urquijo.

También asistió una numerosa comisión de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús, a la cual pertenece el novio.

Desde la iglesia se trasladó la comitiva a la casa del padre de la novia, en la calle Saucedá, donde los concurrentes fueron obsequiados con espléndido desayuno.

Los recién casados cambiaron de traje y marcharon a la finca denominada «Jesús María», en término de Dos Hermanas, perteneciente a la familia del novio, en la que han pasado los primeros días de la luna de miel. La gentil pareja fué despedida con cariñosos aplausos.

Deseamos a los nuevos señores de Murube eternas felicidades.

DE Barcelona nos dicen que en el Oratorio de la finca que en Masnou poseen los marqueses de Masnou, se ha celebrado la boda de la bella señorita María de la Paz Fabra Monteys, hija de aquellos señores y sobrina de los marqueses de Alella, con el joven oficial de Caballería don Lorenzo Piñeyro y Fernández de Villavicencio, marqués de la Mesa de Asta, hijo de los marqueses de Bendaña.

Apadrinaron a los contrayentes los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, representados por el mayordomo mayor de esta augusta dama y la marquesa de Bendaña.

Como testigos firmaron el acta, por ella, los marqueses de Alella y Foronda, el capitán general señor Barrera, y el gobernador civil, general Miláns del Bosch, y por él, el conde de Santa Coloma, el marqués de Albaserrada y el barón de Molinet.

La boda fué un grato acontecimiento para la sociedad barcelonesa. Con objeto de asistir a ella, fueron a Masnou muchas aristocráticas personas.

Los nuevos marqueses de la Mesa de Asta, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para París y Londres.

OTRA boda.—esta en Madrid, en la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús,—ha sido la de la bella señorita Sofía

Coello y Goicoerrotea con don Anselmo L. de Letona.

La novia es nieta del difunto conde de Pozo Ancho del Rey, secretario tesorero que fué de S. A. R. la Infanta Doña Isabel.

Bendijo la unión el reverendo padre Teodoro Rodríguez, y fueron padrinos el padre de la novia, don Francisco Coello, y la señora de Letona, madre del novio.

Firmaron el acta como testigos de la señorita de Coello, sus tíos, el duque viudo de Bailén, don José Coello y los marqueses de Portugalete y Goicoerrotea; el marqués de la Ribera y su hermano, don Francisco Coello; por parte del señor Letona, sus hermanos don Emiliano Letona y don Javier De Carlo; don José Algorta y los señores Coello (don Rafael y don Alonso).

Los nuevos señores de Letona, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para Algeciras, desde donde irán a Italia.

EN su casa solariega de Belmonte (Cuenca) han contraído matrimonio la bella señorita María Antonia Martínez del Peral y Sandoval, hija de los difuntos marqueses de Valdeguerrero, condes de Buenavista-Cerro, con don José María Enríquez de la Orden, Antolínez de Castro, caballero de la Orden de Montesa.

Bendijo la unión el obispo de Cuenca, y fueron padrinos doña Carmen Antolínez de Castro, viuda de Enríquez, y don Antonio Melgarejo.

Fueron testigos: por parte de la novia, el marqués de Melgarejo, su hijo don José María y don Gabriel de la Escosura, el teniente fiscal don Fernando Moreno y don José R. Bugallal.

Los novios salieron para Andalucía. Les deseamos todo género de venturas.

TAMBIÉN se ha celebrado, en Madrid, el matrimonio de la bella señorita Amparo Alonso Gaviria, hija de los condes de Buena Esperanza, con el oficial de la Real Marina inglesa Mr. Arthur H. Nosworthly.

La ceremonia se efectuó en familia, a causa del recién luto que lleva la novia.

Fueron padrinos la condesa de Buena Esperanza y el ingeniero de Caminos don Manuel Alonso Zavala, madre y tío de la desposada, respectivamente, y actuaron de testigos el marqués de Casa Gaviria, hermano de la novia; don José María Aguilar, don José Toledano y el proconsul inglés, señor Busset.

Los recién casados, a los que deseamos muchas felicidades, salieron para París y Londres, donde fijarán su residencia.

EN Osuna se ha verificado el enlace de la señorita Francisca Govantes y Peñalver, hija de los marqueses de Casa-Tamayo, con el teniente de navío don Pascual Cervera y Cervera.

Sean muy felices.

BODAS próximas. Para el mes de Noviembre se ha fijado la fecha del enlace de la señorita Purificación de Acuña y el joven vizconde de Valoria, hijo del conde de Torneo.

Los señores de García Ciudad (don Miguel) han pedido para su hijo, del mismo nombre, la mano de la señorita María de los Dolores Téllez de la Bodega, perteneciente a distinguida familia de Santander.

Por don Francisco Cussó ha sido pedida, para su hijo don José Luis, ingeniero subdirector de las obras del puerto de Sevilla, la mano de la bella señorita María Luisa Ortiz de Villajos.

Y en San Sebastián ha sido pedida la mano de la señorita Lola López Herrero, hija del teniente general del mismo apellido, para el abogado don José Ros de Saliquet.

OTROS anuncios de bodas. El día 6 del próximo Noviembre se verificará en la iglesia de la Concepción el matrimonio de la bella señorita María de la Concepción R. de Azcunaga con don José María Jiménez de Laiglesia, hijo del director jefe de las sucursales del Banco de España.

El 8 de Diciembre se celebrará la boda de la señorita Nieves Marín, sobrina del general Hermosa, con don Antonio Mariscal, sobrino del ex-ministro marqués del Rincón de San Ildefonso.

Y para el día 5 del próximo Enero se ha fijado en Málaga la fecha del matrimonio de la bella señorita Carmen Villapadierna y AVECILLA, hija de los condes de Villapadierna, con el joven oficial de la Armada, primogénito de los barones de Benidoleig, don Luis Miquel.

NUESTROS LÍRICOS

¡AYER!

EL PAÑIZUELO BLANCO

La calle, melancólica; la plazuela, sombría, y en ella un mayestático palacio medieval. —¡Oh, sus rejas de forja, y su patio feudal, y su prócer escudo, de ufana galanía!— Del jardín nemoroso, de noble poesía, surge sobre los muros un ciprés monacal, y trepa por las rejas de esa mansión ducal, el fragante heliotropo, ¡esa flor que fué mía! En frente, misterioso, un convento monjil, de espirituales flores regalado pensil, cuyas campanas lloran en la vieja espadaña. Un piano nostálgico, un rostro muy hermoso tras de un albo visillo... ¡Qué rincón soledoso en cualquiera ciudad romántica de España!

Desde el albo visillo,—¿quién detrás de él soñaba?—

una mano entreoculta por unas tristes flores, con rico pañizuelo, un Viernes de Dolores, después de la novena, ví que me saludaba. ¡Qué espiritual historia de amor, immaculada! ¡Qué hermosa primavera, de mayos esplendores! ¡Qué soberanos cielos, puros, reveladores, se entreabrieron, radiantes, al alma esperanzada!

¡Mas qué poco—hasta Pascua,—el idilio duró! ¡Qué pronto la novela idealista, finó! ¡Fué un sueño solamente, o fué una historia cierta?...

¡La ebúrnea mano aquella... ¡El blanco pañizuelo,

de sutiles encajes, y que sirvió de velo, hacia el sábado *in albis*, a una divina muerte!

Cuando yo cruzo, ahora, la plazuela silente, junto al palacio adusto que mi muerte alegrara con sus ingenuas risas, y un tiempo iluminara con la lumbré gloriosa de sus ojos... ¿qué siente de amargo, de inefable, el corazón doliente?

¡Ay, qué luctuosa sombra! ¡Ay, qué tristeza rara,

al oír la sonata que ella mucho tocara, y que ensayan las monjas del convento de enfrente!

...Ha caído la tarde, tarde de primavera; brilla el primer lucero en la celeste esfera, va a idealizarlo todo de la luna el claror. Yo estoy allí esperando, al pie de sus balcones, —vuelvo a vivir los años de dulces ilusiones— ver aquel pañizuelo de la que fué mi amor.

ADOLFO DE SANDOVAL.

En la Ciudad triste. Otoño de 1924.

SONATA

¡Oh!, lágrimas sensitivas, dolorosas, emotivas, que me hicisteis padecer.

¡Oh!, miradas pensativas, amorosas y votivas, de los sueños de un ayer.

¡Oh!, suspiros de tristeza, pecho triste que ahora reza bajo el peso del dolor

al morir su gentileza como es cruel esta belleza de las lágrimas de amor.

Manos blancas y ardorosas que, entre locas y amorosas, no pudisteis comprender

que os clavábais dolorosas las espigas de las rosas que quisisteis recoger.

Que es muy bello y peregrino el vivir ese divino blanco campo del soñar;

mas escrito en el destino, por seguir nuestro camino, está el rudo despertar.

¡Ay!, por eso os engañaron las horas que ayer cruzaron en amoroso latir,

y así su puesto dejaron a estas horas que llegaron por más haceros sufrir.

AURELIO DE MENDIZÁBAL.

DESDE SUIZA

A ORILLAS DEL LAGO MAYOR

Locarno, Octubre.—Cuando ha declinado la temporada estival es cuando el buen veraneante necesita descansar. Biarritz con sus múltiples encantos, Deauville con sus atracciones que siempre parecen nuevas y otras muchas plazas y balnearios modernos con las mil diversiones que ofrecen al visitante, obligan a un ajeteo continuo que, no por ser simpático, es menos cansado. Antes el veraneo suponía reposo. Durante el estío se abría como un paréntesis en las preocupaciones y obligaciones de la vida diaria y se volvía, en otoño, a las ciudades para reanudar, con nuevos bríos, la lucha interrumpida. Pero ahora la lucha, cuando la hay, no cesa. Es la vida moderna demasiado activa para que consienta esos paréntesis. Y los que veranean no son los que necesitan descanso, sino los que pueden permitirse el lujo de divertirse en otros lugares distintos a aquellos en los que suelen expansionarse a diario.

Por eso ahora se imponen esas breves temporadas de otoño apacibles y pintorescas, que sirven para cuerpos y para espíritus de verdaderos remansos. En la poética Escocia, en los fjords escandinavos, en las montañas suizas, en la paz de la naturaleza, se aquietan las almas, se entibian las pasiones, se tonifican los nervios y se recobran las fuerzas. *Lejos del mundanal ruido*, el ánimo vuelve a su primitivo ser y estado y todo adquiere la serenidad y el brillo de una vida nueva.

Me sugiere estas reflexiones baratas la contemplación, desde la ventana del Hotel que en Locarno ocupo, de este prodigioso Lago Mayor, rodeado de altas montañas, cuyas cimas coronadas de nieve se reflejan en las tranquilas y verdinegras aguas. En este rincón de Suiza acaso se comprende, mejor que en parte alguna, lo que el hombre malgasta el tiempo, consumiéndose en rencillas pequeñas que no valen la pena de la más ligera preocupación.

Locarno, apenas conocido por los turistas españoles, es uno de los pueblos suizos más atrayentes y más sanos. Al pie de uno de los contrafuertes de los Alpes, entre dos grandes valles,—el de Maggia al Oeste y el de Verzasca al Este,—se parece un poco su situación a la de Montreux, con la diferencia a su favor de que su caserío no está completamente a orillas del lago y de que las montañas que lo rodean, no son tan altas y no son causa, por tanto, de cambios bruscos de temperatura.

Su clima es delicioso y esto explica la pre-

ferencia de muchas familias por Locarno.

El pueblo es pequeño y tranquilo. Con Muralto, su vecino, ocupa todo el pie de una montaña bellísima. Se llega a él por dos procedimientos: por tren,—el de la línea del San Gotardo,—y por barco, que conduce a otras pobla-



Santuario de la Madonna del Sasso.

ciones en comunicación directa con los ferrocarriles italianos.

Tiene Locarno edificios modernos interesantes como el Palacio de Justicia, la Casa de Correos y Telégrafos y el Kursaal Casino. Y, sobre todo en el centro de la población, ofrecen una nota de contraste, junto a las modernas construcciones, otras antiguas que tienen un indudable valor histórico y arquitectónico. Entre estas figuran las iglesias de San Antonio y San Francisco,—esta última abandonada, contigua a un viejo convento que actualmente ocupan las Escuelas cantonales,—y la Iglesia Nueva. También es un curioso ejemplar de arte antiguo el viejo Castillo de los Visconti, destinado hace años a prisión y hoy convertido también en Escuelas.

Al otro lado de la población se encuentra uno de los templos más antiguos de Suiza: la iglesia románica de *San Vittore*, ejemplar muy interesante del siglo XI, en el que son dignos de admirar un bajo-relieve de mármol, representando a San Víctor a caballo, y la cripta, perteneciente ya al estilo bizantino.

Al Este de la ciudad, como formando un barrio coquetón, lleno de gracia y de poesía, se halla Muralto, el jardín de Locarno, como lo

llaman sus propios moradores, en atención a la suma de bellos parques y jardines que adornan y esmaltan todo aquel delicioso lugar.

Fuera de la población, sobre un promontorio, el Santuario de la *Madonna del Sasso* domina, con aire tutelar, toda la región y conserva, en medio de la costa escarpada, una sensación apacible y confiada.

Los alrededores de Locarno no son menos bellos. Lo mismo los pueblecitos próximos de Brione y Orselina, que la serie de *villas y chalets* escalonados sobre una suave pendiente y que aparecen o se ocultan graciosos entre los bosques, contribuyen a hacer agradable y simpática la estancia en este rincón de los Alpes suizos.

Cerca de Muralto, en la orilla del lago, se encuentra otro caserío al que da carácter un poco sombrío una vetusta construcción conocida por el «Castillo de hierro».

Una de las cosas más atrayentes de Suiza es la comodidad de sus comunicaciones. Así, a nadie puede extrañar que en Locarno, como en Davos y en Montreux y en otros muchos puntos frecuentados por los turistas, se puedan organizar variadas excursiones, más o menos largas según el deseo del visitante.

Muy interesante es la excursión a Rivapiana, pequeña aldea de pescadores, con una buena playa, una vegetación floreciente y una característica iglesia, puesta bajo la advocación de San Quirico.

La visita al monasterio de la *Madonna del Sasso* ofrece dos notas especialmente dignas de admiración: los cuadros *El descendimiento de Cristo* de Ciseri y *La huida de la Virgen* del Bramantino.

Ponte Brolla, Insagna, Ascona, Ronco y Brissago son otros puntos de excursión, no lejos ninguno del Lago Mayor, que atraen al turista con la variedad de su vida reposada y, al mismo tiempo, progresiva. Los que estamos pasando una breve temporada en Locarno, no podemos menos de dedicar algunas horas todos los días a estas deliciosas excursiones que, además, se hacen por precios módicos.

Esto debía servir de enseñanza en España. Si los alrededores de Madrid, tan pintorescos y tan bellos, estuviesen unidos a la capital por comunicaciones frecuentes, cómodas y baratas, no sólo tendría la ciudad una población flotante mucho mayor, sino que habría un núcleo importante de extranjeros que en la sierra del Guadarrama vivirían.

El ejemplo de Suiza es elocuente.

EL CABALLERO ENCANTADO.



Un aspecto de los alrededores de Locarno. La gran plaza de la población. Los jardines públicos.

Mundo Muundillo...



RECIENTEMENTE se ha celebrado en la Embajada de Italia un almuerzo diplomático.

Fueron los comensales el ministro de Polonia en Londres, señor Skirmunt, que está efectuando un viaje por España; el embajador de Francia, vizconde de Fontenay; el encargado de Negocios de Polonia en Madrid y su bella esposa, la señora Jelenska; el primer introductor de embajadores, conde de Velle; el comendador signore Macario, consejero de la Embajada; el agregado señor Scammacca, y el que lo es de la de Francia, M. de Charmasse.

EN la parroquia de San Ginés se ha celebrado con gran solemnidad el bautizo de la hija primogénita de los condes de Portalegre.

La recién nacida recibió los nombres de María del Carmen, por ser el de su abuela y madrina, la duquesa de Aveyro, y el de Mauricia, santo del día en que nació, apadrinándola, además de aquella distinguida dama, el abuelo paterno, magistrado del Tribunal Supremo, don Carlos Groizard y Coronado.

Después del bautizo fué presentada la niña a la Virgen del Carmen.

Asistieron a la ceremonia solamente las personas de las dos familias y algunos amigos íntimos. Desde el templo se trasladaron después a casa de los condes de Portalegre, en donde se les sirvió una espléndida merienda.

Los padres y abuelos recibieron muchas felicitaciones.

RECOMENDAMOS a las novias aristocráticas que visiten una elegantísima confitería titulada «San Luis», en Hortaleza, 2. Especializada en cajas y objetos propios para regalar los dulces de su boda.

EN breve se celebrará en Madrid el enlace de don Luis de Pablo y Olazabal, hijo de los señores de Pablo (don Bernardo), con la bella señorita María Diestro y Abarca. Los futuros esposos están recibiendo numerosos regalos de sus amistades.

DON Ignacio Bauer, como presidente del Colegio de Doctores de Madrid, ha reunido en un almuerzo de confraternidad universitaria a los rectores de las Universidades de Buenos Aires y Barcelona, doctores Arce y Martínez Vargas; los doctores Benavent y García Díe, de la Junta directiva del Colegio de Doctores de Barcelona, los doctores Couder, Gutiérrez Solana, Aguilar, Puig de Aspre, Zúñiga y Carrillo, miembros de la Directiva del Colegio de Madrid.

El acto tuvo una alta significación, en el sentido de la solidaridad científica y profesional en que ambos Colegios vienen desarrollando su acción.

EN el Palacio de Exposiciones del Retiro ha inaugurado Su Majestad el Rey la exposición de copias de cuadros de Velázquez, hechas por el señor Moya del Pino, con objeto de dar a conocer en el extranjero, lo más fielmente posible, la obra del inmortal pintor español que se conserva en nuestro Museo del Prado.

Estas copias, agrupadas bajo el título de «Exhibiciones Velázquez» han merecido los más calurosos elogios de la crítica.

La significación patriótica y artística de la empresa que el señor Moya del Pino acomete en unión del escultor señor Moré de la Torre explicada quedó bien claramente en estas columnas en otra ocasión. Lo mismo que la proyección concedida por Su Majestad el Rey y por el duque de Alba.

Réstanos hoy felicitarnos del éxito conseguido en la exposición de las copias en Madrid y desear a los esforzados y meritisimos artistas que el triunfo les acompañe, como merecen, durante toda su excursión.

CUANDO se adquiere un sólido prestigio, siempre es por algo. De aquí que la fama que tiene *La Turquesita* en la sociedad madrileña está bien consolidada. Este año, la elegante confitería acrecerá, además, su prestigio. Prepara varias novedades, y seguirá cuidando, como siempre, las creaciones que la han hecho insustituible para regalos de bodas, bautizos y cruzamientos.

HAN comenzado los ensayos de los cuentos infantiles en acción, escritos por María Luisa Madrona de Alfonso, que serán durante su relato mimados por niños actores. Estos cuentos nada tienen de fantásticos, son trozos de la vida real que enseñan los deberes para con Dios, la Patria y el hogar.

A dicha representación serán invitados al palacio de la calle del Marqués de Cubas varios grupos de niños de escuelas gratuitas.

ASISTIDA por el eminente tocólogo doctor don Armando Udaeta, ha dado a luz con toda felicidad una hermosísima niña, la señora de Alesanco (don Arturo), encontrándose madre e hija en el más perfecto estado.

HAN embarcado en Nueva York, para regresar a Europa, dando por terminada su interesante excursión por los Estados Unidos, los duques de Alba, con sus hermanos los de Peñaranda, el marqués de Viana y el de la Coquilla.

Los ilustres viajeros desembarcarán en Inglaterra y permanecerán unos días en Londres.

Con objeto de esperar a sus hijos los duques de Alba, marchó a París la duquesa de Aliaga.

PROCEDENTE de París, donde ha permanecido algunos días, desempeñando una misión de su Gobierno, se encuentra en esta corte el ilustre escritor y diplomático mejicano don Alfonso Reyes, tan estimado entre nosotros por haber residido aquí largo tiempo, desempeñando los cargos de primer secretario de la Legación de Méjico y encargado de Negocios.

El señor Reyes regresará en breve a Méjico.

HA sido destinado al Ministerio de Negocios Extranjeros de su país el primer secretario de la Embajada de Alemania en Madrid, señor Heberlein, casado, como es sabido, con una bella compatriota nuestra, que de soltera se llamó Margot Calleja.

Por las relaciones que el señor Heberlein ha adquirido aquí durante su larga permanencia entre nosotros, y por el hecho mismo de ser su mujer una española, su presencia en el Ministerio de Berlín contribuirá a estrechar los lazos que unen a Alemania y España.

Su Majestad el Rey ha querido testimoniar su aprecio al distinguido diplomático antes de su salida de Madrid, y le ha concedido la Encomienda de Isabel la Católica.

La marcha de los señores de Heberlein será sentida por la sociedad madrileña, en la que cuentan con muchos afectos.

LA condesa de Tavira, doña Pilar de Dueñas, está recibiendo felicitaciones por haberle sido concedida la gran cruz de la Orden civil de Beneficencia. Esta distinguida dama hizo donación a la Hermandad del Refugio de la cantidad de 645.000 pesetas.

EN el coto de la isla de Buda, en Tarragona, se ha celebrado una cacería, en la que han tomado parte el duque de Santángelo, don José María de Pallejá, don Luis y don Javier Girona y otros distinguidos cazadores.

Enorme liquidación

de vestidos, lanas, sedas y esponjas a mitad de su precio en

LA MUÑECA PARISIEN

Fernando VI, núm. 12

Notas de pésame

HA tenido doloroso término la grave enfermedad que venía padeciendo la respetable señora doña María del Carmen de Amar de la Torre y Bauzá, marquesa viuda de Casa Arnao.

Su muerte ha sido justamente sentida entre cuantas personas tenían el gusto de conocerla, por su bondad y virtudes.

La finada marquesa era dama noble de la Orden de la Reina María Luisa y presidenta del Centro del Apostolado de la Oración de la parroquia de Santa Bárbara.

De su matrimonio con don Guillermo González Arnao y Longeban deja los siguientes hijos: don Jacobo, poseedor del título, casado con la marquesa de Villacastel de Carrias; don Vicente, con doña María Teresa Conde y Garay; doña Amalia, soltera, y doña Carmen y doña Josefa, viudas de Ponce de León y Gayte.

Enviamos nuestro sentido pésame a la distinguida familia.

TAMBIÉN ha fallecido, produciendo su muerte gran sentimiento, la distinguida señora doña Juana García y Ruiz de Monsalve, marquesa de Villamantilla de Perales.

Pertenecía la finada a una conocida familia de la región murciana, muy estimada allí. Estuvo casada con don Diego González Conde, que fué muchos años jefe del partido conservador en Murcia.

De este matrimonio son hijos doña María de la Fuensanta, baronesa viuda del Solar de Espinosa; doña María del Rosario, viuda de Luque; el ex diputado a Cortes, don Diego, casado con doña María Luisa Borbón de la Torre, y don Joaquín, que lo está con doña María del Socorro Bermúdez de la Puente.

Nos asociamos de todo corazón a su duelo.

EN su villa de Anglet, donde se encontraba pasando una temporada, ha fallecido la respetable señora doña María de la Concepción Goya-Borrás y Corbis, baronesa de Goya-Borrás, dama muy distinguida y que gozaba justas simpatías entre cuantos tenían el gusto de tratarla.

Hijo de la finada es don Enrique Borrás y O'Brien, conde de O'Brien, a quien enviamos nuestro sentido pésame.

TAMBIÉN ha muerto, en Madrid, la virtuosa señora doña Carmen Jiménez Arenas, esposa del ilustre académico de la Historia don Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera.

La finada era hermana del director del Banco Central y ex senador, marqués de Arenas.

Descanse en paz y reciba su distinguida familia nuestro pésame.

GRAN sentimiento ha producido en la sociedad sevillana el fallecimiento del distinguido marino don Juan Jácome, marqués del Real Tesoro, que fué ministro de Marina el año 1905.

Era vicealmirante de la Armada, retirado, y caballero de la Real maestranza de Caballería de Sevilla, estando en posesión de varias grandes cruces.

Descanse en paz. Y reciba su distinguida familia nuestro más sentido pésame.

ASIMISMO han sido muy sentidas las muertes: del ilustre pintor, gloria de Valencia, don Antonio Muñoz Degraín; del hispanófilo francés M. Alret Morel Fatio, a quien debemos gratitud por sus estudios referentes a la historia de nuestra literatura; del doctor Masip y Valls, médico y publicista de gran mérito, muy bien reputado en Madrid; y del notable escritor don Enrique Pacheco y de Leyva, muerto en plena juventud. El Sr. Pacheco era un erudito historiador, que había dado a luz varios interesantes libros y gozaba justa estimación en los centros literarios. Era académico correspondiente de la Real de la Historia, jefe del Archivo del Banco Hipotecario de España, y colaborador del Centro de Estudios Históricos. También había sido archivero de la Casa Cerralbo.

Descansen en paz.

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

PASOCORTO Y ZANQUILARGO

ERAN hermanos.

Hijos del mismo padre y de la misma madre.

Solo que el mayor había nacido flaco, flaco y alto, y el pequeño gordo, gordo y rechoncho.

Por lo demás, se llevaban muy bien los hermanitos.

En el pueblo, cuando fueron mayores, les pusieron Pasocorto y Zanquilargo.

Y Zanquilargo y Pasocorto les quedó, respectivamente, hasta morir.

Cuando se quedaron sin padres, como es costumbre en todos los cuentos, hicieron sus hatillos y resolvieron recorrer el mundo en busca de aventuras.

Y era cosa de verlos camino adelante, el mayor a grandes zancadas, y el pequeño con los carrillos hinchados y resoplando como un toro, corriendo a todo correr para ir al lado de su hermanito.

Pasocorto se rindió al fin:

—¡No puedo más! O nos detenemos aquí para que tome aliento, o separémonos para siempre — exclamó.

Conque se separaron. Zanquilargo no quiso acceder a ir despacio y en cinco zancadas se perdió en el horizonte.

Pasocorto lloró un poco con sus ojos de sapo. Luego se quedó dormido.

Llegó la noche. Era una hermosa noche de plenilunio. La luna, sube que sube, escalaba la mitad del cielo, vertiendo sus rayos sobre el durmiente.

Comenzaron a salir las liebres de sus escondites y una de ellas, blanca, con las orejitas ribeteadas de negro, dando saltitos, se acercó a Pasocorto, que roncaba a más y mejor.

Cuando estuvo junto a su cara, le dió en las narices con su patita.

Pasocorto se incorporó asustado:

—¿Eh? ¿Quién anda ahí?

Entonces la liebre blanca, saludándole muy cortemente, le dijo:

—Soy yo, amiguito mío, que deseo evitarte un pasmo. Estas noches de plenilunio suelen hacer daño a los hombres y aunque éstos nada se merezcan por el mucho daño que nos hacen, tú me pareces buena persona, y te lo aviso.

El chico se quedó embobado al oír expresarse de aquel modo a un animalito tan simpático. Por eso se atrevió a proponerle:

—¿Tienes familia?

La liebre contestó:

—No, no tengo familia. Un hijito me quedaba y lo mató un cazador infame.

—¿Quieres venir conmigo a recorrer el mundo? Quizás los dos juntos ganemos gloria y dinero.

La liebre dudaba aún.

—Tengo, la verdad, un poco de desconfianza—dijo.

—Desconfianza, ¿de qué?

—De tu gordura.

—De mi gordura?

—Sí, Ella me indica que debes ser un tragón de tomo y lomo...

—¿Y qué?

—Pues que el mejor día para tí, o el peor para mí, te encuentras sin alimento y ¡adiós tu compañera de aventuras! ¡Me tragarás de una sentada!

Aunque no tenía ganas de reír, Pasocorto se rió muy de veras.

—No temas, amiguita mía. Por mucho que el hambre me acose, primero me comeré un brazo que tocar a tu cuerpo simpatísimo.

Conque la liebre blanca se dejó convencer y hala, hala, hala se pusieron en camino.

Por el día se alimentaban con frutas y al llegar la noche se guarecían bajo las peñas.

Un domingo llegaron a la Ciudad Azul. Era una población sorprendente, donde todo era azul: árboles, casas y calles.

Pronto sus habitantes se dieron cuenta de los intrusos y comenzaron a rodearlos. Entonces Pasocorto les habló de esta manera:

—Respetable público: voy a tener el gusto de presentar a ustedes la liebre sabia.

En seguida, de un morral que llevaba sacó a la liebre blanca que, parándose sobre sus patitas, saludó con una graciosa inclinación de cabeza al auditorio y luego se puso a saltar y a bailar como un consumado danzarín.

Al final de la danza comenzaron a caer monedas de cobre, plata y hasta de oro en el pañuelo que presentaron los compañeritos de aventuras. Pero no fué esto solo, sino que por toda la ciudad corrió la noticia de las habilidades de la liebre blanca, llegando los rumores hasta el mismísimo palacio real.

LA SUGESTION DE LA

BELLEZA NATURAL

HA SIDO RESUELTA HOY CON UN NUEVO PRODUCTO DE UNA DISCRECION E HIGIENE ADMIRABLES

JUGO DE ROSAS

(ROJO LIQUIDO PARA LOS LABIOS)

DA A ESTOS UN TONO MARAVILLOSO, QUE NO EMPASTA NI SE BORRA AL HUMEDECERLO CON LA SALIVA. ES ABSOLUTAMENTE INOFENSIVO. PROCEDE DE LA DESTILACION ESPECIAL DE ROSAS DE ALEJANDRIA.

SE FABRICA EN DOS TONOS: NUMERO 1, PARA EL DIA, Y NUMERO 2, MAS OSCURO, PARA LA NOCHE.

FRASCO: 4.50

ÚLTIMA CREACION DE FLORALIA

Su majestad el rey—ya podéis suponerlo—tenía una hija, sólo que, en lugar de ser bella y rubia como todas las princesas de casi todos los cuentos, era negra y fea como una mala acción. Además de esto se hallaba enferma y por este motivo su carácter era risco y voluntarioso, hasta el extremo de no poder aguantarla ni su propio padre augusto.

Por eso, apenas se enteró Flosculosa—que así se llamaba la princesa—de las habilidades de la compañera de Pasocorto, envió a un alabardero para que los trajera a palacio aquel mismo día.

El alabardero cumplió la orden al pie de la letra.

Y ya tenemos a Pasocorto y a la liebre blanca ante sus majestades y altezas reales.

Fué un verdadero encanto la fiesta. La liebre agotó el repertorio de monadas, y tanto y tanto hizo, que Flosculosa, abusando de su posición, exclamó:

—¡Que le den cuarenta céntimos a este imbécil de Pasocorto y que se vuelva a su tierra, que yo me quedo con su animalillo para divertirme!

Pasocorto suplicó, lloró, pataleó... ¡Todo en vano! La liebre le miraba llena de pena; pero nada podía hacer para escapar.

Conque despidieron a nuestro amiguito gordo y le pusieron otra vez en mitad del campo. Allí se tiraba de los pelos y gemía en alta voz.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí!

—¿Estás cantando el «Rey que rabió»?—dijo una voz conocida junto a su oído.

Volvió la cabeza y se encontró a su hermanito Zanquilargo, ¡pero de qué manera! Ya no era aquel infeliz campesino que saliera de su casa a la muerte de sus padres, sino todo un gran personaje, vestido de púrpura y oro y con una espada al cinto con el puño guarnecido de piedras preciosas.

Pasocorto dejó de llorar y se quedó con la boca más abierta que un buzón de correos. Mas su asombro fué aún mayor cuando vió aparecer entre los árboles a un ejército de soldados, armados con lanzas y bien protegidos de armaduras que, inclinándose ante Zanquilargo, le daban el título de señor.

A una orden suya, trajeron un caballo enano para que pudiera subir sobre él Pasocorto, mientras a Zanquilargo, para que no le arrastrasen los pies, le presentaron una jirafa. Montaron y salieron al trote, seguidos, no muy de cerca, de la brillante escolta.

Por el camino, Zanquilargo contó a su hermano cómo se había enamorado de él la nieta de la reina de Liliput al verlo tan alto, y no paró hasta casarse con ella, que apenas si levantaba una cuarta del suelo.

Hubo guerras crueles y el trono quedó vacío. Hacia falta un soberano y la corona recayó en manos de la princesa enana y, por tanto, en la cabeza de Zanquilargo.

Su manera de ser y su valor y rapidez en los combates, hicieronle el héroe del pueblo y hace tiempo que recorría el mundo, deseoso de encontrar a su hermanito y llevarse a su corte.

Aquella noche, después de cenar opíparamente, Pasocorto refirió sus aventuras, el abuso de Flosculosa y el robo de su liebre blanca. Zanquilargo prometió vengar la ofensa y al día siguiente, muy temprano, los ejércitos de la princesa enana se dirigieron contra los de Flosculosa.

La batalla resultó, en vez de trágica, lo más cómico que imaginarse pueda, pues apenas las tropas de la negra advirtieron la llegada de las de Zanquilargo, tiraron las armas y corriendo estarán a estas horas.

Conque entraron en palacio. En una habitación de la torre más alta se refugió la princesa Flosculosa y no había manera de encontrarla. Ya se iban a ir, descorazonados, cuando Pasocorto sintió la voccecita de su liebre que chillaba:

—En la torre me encuentro con mi amita betún.

Rápidos como el pensamiento corrieron escaleras arriba, pero Flosculosa, llena de ira y antes de caer en manos de sus perseguidores, agarró a la liebre y se lanzó con ella desde lo alto a la calle.

¡Oh, qué penal! ¡El pobre animalito se estrellaría con ella contra las losas! ¿Quién sería capaz de salvarla?... ¿Quién?... Zanquilargo. De dos zancadas bajó a la calle y llegó aún a tiempo de recibir en sus brazos a la querida liebre-cita.

La princesa murió del golpe y al morir recobró su figura primitiva la liebre blanca. Era nada menos que la verdadera hija del rey, convertida en animal por las malas artes de Flosculosa.

Conque se casó con Pasocorto. Reinaron. Usaron siempre el Jabón «Flores del Campo», por su gran detergencia, y vivieron felices en santa paz, no interrumpida por feroces guerras, toda vez que su rival era Zanquilargo y no había peligro de que se enfadasen.

PRÍNCIPE SIDARTA

SENAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULT MAS NOVEDADES
Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado
Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS. MOTOCICLETAS. ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín
Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18. Barquillo, 20.
Teléfono, 53-44 M. Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA
SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa
VILA Y COMPAÑIA S. en C.
PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURURES CONSERVACION
MANTEAUX DE PIELES
Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios
Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf. S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
—MADRID—

Calle de la Cabeza, 34. Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. MADRID

Casa Jiménez - GALATRAVA, 9

Primera en España en
MANTONES DE MANILA
VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA

EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES — GABANES — PARAGUAS
BASTONES — CAMISAS — GUANTES — CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Galiano

SASTRE DE SEÑORAS

Argensola, 15. MADRID

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Ostolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.
Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

ANTIGUA Y UNICA

CASA "LA MARCA"

Carrocerías y carruajes de lujo.
Proveedor de SS. MM.

GENERAL MARTINEZ CAMPOS, NUM. 39

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES
LIMPIEZA y TEÑIDO DE PLUMAS Y BUAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID || Alcalá, 53

Capital social. . . { 1.000.000 de pesetas suscripto.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de seguros

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

Casa APOLINAR

-- GRAN EXPOSICION DE MUEBLES --

Visítad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1, duplicado.

•••••

TELEFONO 29-5

DE TODO UN POCO

El feminismo - en la India -

UNA de las más ardientes feministas de la India, Ramabai Ranade, ha muerto en Poona. Viuda de un gran jurista indio, que durante su vida había realizado una constante campaña contra el sacrificio de las viudas y en favor de las segundas nupcias de las mismas, ella continuó las predicaciones del marido, e instituyó, además, un asilo en donde las mujeres perseguidas por un prejuicio podían encontrar amparo, y en donde además recibían asistencia e instrucción. El cambio de las condiciones de vida de la mujer india, de las viejas costumbres a las ideas occidentales, está lleno de dificultades y complicaciones. Está aún en uso el desposorio o «primer matrimonio» entre niños; mas después los novios son enviados a Europa para su educación. En un caso reciente, el prometido esposo fué educado en Inglaterra y la novia en Francia, y al volver los adolescentes celebraron el segundo matrimonio, dando los siete pasos en torno al fuego sagrado. Mas, qué contraste entre las ideas y costumbres del mundo modernísimo y las viejas ideas del ambiente de familia, en donde la esposa por su preferencia hacia las modas europeas y el sencillo hecho de haber comido carne de buey y llevado zapatos de piel, estaba considerada como contaminada. La joven esposa languidecía de melancolía y los parientes, preocupados, decidieron colmar sus deseos y dejarla que, un día a la semana, se vistiera según las modas europeas; pero esto no basta para las que han vivido la vida libre e intensa de las naciones occidentales.

Un ministro modelo.

Mahomet, bey de Konsistan, en Persia, tenía de primer ministro a un hombre de gran probidad.

Como las mujeres de este monarca y sus cortesanos reconociesen que no podían sacar partido alguno de aquel hombre íntegro y desinteresado, se ligaron contra él y le derribaron de la gracia del soberano. Al retirarse de la corte,

este buen consejero suplicó a su amo le concediese en premio a tantos servicios como le había prestado, algunas tierras para pasar el resto de sus días en su cultivo. Le fué otorgada la gracia, y en su consecuencia se dieron las órdenes para la adjudicación de una buena extensión donde mejor le acomodase. Pero cuán grande no fué la admiración de Mahomet, cuando, por más diligencias que se practicaron para hallar esta clase de terreno por explotar, se tuvo noticia de que no había un metro de tierra fiscal disponible en todos sus Estados.

El oído del perro.

Monsieur Leon Guerin ha dado cuenta de un suceso que parece demostrar la enorme sensibilidad del oído de los perros para el sonido: sábase que durante el reciente experimento de la Courtine, durante el cual se hicieron estallar varios cientos de miles de kilogramos de trilita, con objeto de hacer estudios sobre la propagación del sonido, la detonación no fué percibida en numerosos lugares, relativamente cercanos al del hecho, ni registrada por muchos aparatos científicos, que se suponía colocados en el campo de acción del ruido.

Pues bien: el perro de M. Guerin parece haber sido más sensible que los mismos aparatos científicos, pues acompañando el día del referido experimento a su dueño, en el momento indicado de la explosión, y sin que hubiera causa aparente para ello, fué presa de terrible y súbito pánico, tratando de huir, arrastrándose, temeroso, por tierra. En aquel momento, en el silencio y la calma del campo, M. Guerin no acertó a comprender la misteriosa causa de la inquietud de su perro—un «berger» de la Selva Negra—; pero más tarde, vino, por deducción, a sacar la lógica consecuencia de que su can había percibido, claramente, la explosión de la Courtine, lugar situado a muchos kilómetros del sitio por donde discurría con su «berger».

Una anécdota de Napoleón.

En los «Recuerdos de una larga vida», de lord Broughton, se cuentan varias anécdotas muy graciosas de Napoleón. Una de ellas se la refirió Tayllerand al autor.

Precisamente antes de la campaña contra Austria entró Tayllerand en una cámara donde estaba el embajador ruso con Napoleón, el cual se hallaba presa de un acceso de ira, pegando golpes en el suelo, en las sillas y haciendo otras locuras. Cuando se retiró el embajador, Tayllerand preguntó la causa de aquellos transportes de rabia, y Napoleón le contestó que todo lo había fingido para obligar al embajador ruso a escribir a su corte diciendo que se mantuviera neutral.

«En mi vida he estado más sereno—dijo al embajador—tómeme el pulso». Tayllerand lo hizo así, y, en efecto, lo tenía perfectamente normal.

Pantallas de - madera. -

No deja de tener su encanto el saber hacer una pantalla atrayente para una lámpara de construcción casera. Las pantallas se hacen por lo general recubriendo un armazón de alambre con un trozo de seda o con alguna tela imitación de pergamino. Mucho más curiosas y también más baratas son las pantallas hechas con vasijas de madera. Hacer una de éstas es cosa sencilla. Dibúsense dos círculos para fijar en ellos la base o pie y córteseles con una sierra de calar, manteniendo cierta distancia entre uno y otro. Afinense los bordes con un papel de lija o lima fina.

El pie se fabrica con el pedazo de una pata de mesa vieja; pero también puede hacerse a mano recurriendo a alguno de los tantos medios conocidos caseros para fabricar objetos de adorno. Los soportes de la base menor se hacen de acuerdo con las dimensiones deseadas. Antes de unir las partes con tornillos y cola, hágase un agujero de algunos milímetros, como para sujetar los alambres.

Así se tendrá una pantalla de madera de un diámetro de 40 centímetros. Valiéndose de una hoja vieja de máquina de afeitar o de una lima fina se alisarán los bordes para darles mayor suavidad. La parte extrema se pinta o barniza a gusto; por dentro se la esmalta de blanco para que pueda reflejar mejor la luz. Por medio de tachuelas chicas se fijará a los bordes un fleco del color que se desee.

LOS CALCULADORES FAMOSOS

Con motivo de la reciente actuación de Inaudi.

EN Maravillas ha vuelto a sorprender con sus cálculos inverosímiles el famoso Jacques Inaudi, a quien ha dado fama mundial su reciente *match*, en París, con diversas máquinas capaces de efectuar rápidamente operaciones aritméticas.

Esto ha despertado de nuevo en el mundo la atención hacia el «cálculo mental».

Algunos individuos poseen naturalmente desde tierna edad una potencia calculadora extraordinaria. Así, en el curso de los últimos siglos la historia nos ha conservado los nombres de niños de seis a doce años, que hallaban con prontitud maravillosa el producto de números de cuatro cifras y de más, y otros, que jugando extraían raíces cuadradas y cúbicas de diez cifras. Según M. Laurent, antiguo profesor de la Escuela Politécnica, esta facultad se pierde si no se la cultiva y desde luego no prueba nada respecto de las aptitudes matemáticas de quienes las poseen. Grandes sabios como Wallis, Euler y Ampere, efectuaban mentalmente cálculos muy complicados, lo mismo que el ignaro campesino americano Zerah Colburn o el pastor francés Henri Mendeux, hombre muy ordinario.

El algebrista Wallis vivió en el siglo XVII y después de estudiar en Cambridge fué nombrado profesor de geometría en Oxford a los treinta y tres años. Inventó un método de análisis infinitesimal que constituía un gran progreso respecto de los empleados por Descartes y Roberval.

Los trabajos de Newton hicieron olvidar los de Wallis. No se puede, sin embargo, olvidar su «Aritmética de los infinitos» ni el prodigio de su cálculo mental de una cantidad de cincuenta cifras.

Cuanto al suizo Leonard Euler, aparte de sus descubrimientos científicos, de los que no hemos de ocuparnos aquí, su prodigiosa facilidad de cálculo mental, se prolongó hasta su extrema vejez y sus investigaciones matemáticas no le impidieron sus profundos conocimientos en química, zoología, botánica y medicina. Dotado de una colosal memoria, sabía de corrido «La Eneida» de Virgilio. En 1735 perdió un ojo de tanto estudiar y vivió hasta 1783. Según Condorcet, el día de su muerte estuvo calculando el movimiento ascensional de los globos recién inventados por los Montgolfiers.

Por su parte Andrés Marie Ampère, antes de conocer los números y saberlos escribir, efectuaba con habichuelas largas operaciones. Según Arago, estando enfermo y habiéndole privado de sus habichuelas la ternura maternal, se puso a hacer cálculos con los pedacitos de un bizcocho que le dieron después de tres días de dieta.

Independientemente de estos genios matemáticos, se encuentran niños que calculan por instinto y que responden casi instantáneamente a problemas y operaciones que se le someten, sin tener gran inteligencia y casi sin instrucción. Tales fueron, por ejemplo, el pastor siciliano Mangiamelli, los ingleses Buxton, Bidder, Noakes y Vincler, los americanos Colburn y Clayton, el pastor francés Mendeux y Diaman-

di, para no citar sino los más conocidos predecesores de Inaudi.

Georges Bidder, nacido en el Devonshire hacia 1800, se reveló como un calculador prodigioso a los nueve años cuando estaba en la escuela de su pueblo natal. Recorrió con un empresario algunas ciudades y personas ricas le hicieron estudiar en Edimburgo. Más tarde fué asociado de Stephenson, en la construcción del camino de hierro de Birmingham y miembro de la Cámara de los Comunes, donde dio mucho que hacer a los ministros de Hacienda.

Noakes, de la misma época, fué más precoz. Desde cinco a seis años respondía con rapidez desconcertante a sumas y multiplicaciones de cinco cifras y cantidades heterogéneas. Mientras calculaba se fijaba en todo y no le molestaba que hablasen alto.

Su rival, Zerah Colburn, hijo de un granjero, nació en Cabot (Vermont) en 1804, y desde los seis años su padre lo exhibió en las ciudades de Estados Unidos y en 1816 lo llevó a Inglaterra y Francia. Lo mismo en Londres que en París dejó estupefactos a los matemáticos que lo sometieron a examen. No sabía explicar su método y respondía que era Dios quien había puesto eso en su cabeza. Protegido por el duque de York, estudió en Francia y en Inglaterra, pero no teniendo afición a las ciencias aceptó un empleo. La nostalgia le hizo volver a su país donde se hizo sacerdote. Murió a los treinta y seis años y desde mucho antes había perdido la facultad de calcular.

En cuanto a Inaudi, comenzó su vida guardando rebaños en el Piamonte.

LA VIDA DE HENRI FORD CONTADA POR ÉL MISMO

La Razón de Buenos Aires, el importante diario de la República Argentina, ha publicado el siguiente artículo, que consideramos muy interesante:

«Por el ruido que hace en Estados Unidos la autobiografía que Henry Ford acaba de publicar con el título de «My life and Work», se ve que para los norteamericanos el gran fabricante de Detroit, es algo así como el tipo ideal del vencedor moderno, del hombre en el apogeo de la gloria, del realizador del supremo ensueño de la ventura humana. Y no ciertamente porque sus obras industriales, consideradas en sí mismas, sean superiores a las de sus rivales menos afortunados. Ni tampoco porque para llegar a donde se encuentra, haya tenido necesidad de sostener luchas épicas y de vencer obstáculos insuperables. No. No hay en él la aureola del que descubre, del que inventa, del que se evade de lo posible para llegar a lo sublime. Sacándolo del dominio de la industria para elevarlo al del arte, no es con Miguel Ángel o con Benvenuto, con quien habría que compararlo, sino con un orfebre que sólo hubiera cincelado tipos de Venus, pero en tal cantidad, que todos los habitantes de la tierra tuvieran una de ellas en su casa. Los latinos, fanáticos siempre de la perfección rara, preferirán siempre al que sólo un Moisés genial o sólo un Perseo impecable ha modelado en su vida. Los yanquis, deslumbrados por la masa, por el esfuerzo; por las cifras, prefieren el que todos los días termina y vende millares y millares de Afroditas fundidas en el mismo molde.

Henry Ford conoce a sus compatriotas. Por lo mismo, no hace alarde de inútil originalidad, ni se adorna con flores singulares. Humilde hijo de un colono, confiesa haber comenzado su carrera industrial como casi todos sus competidores: con una pequeña manufactura en la que se construían coches de diversos modelos. Al cabo de seis años de constante labor, de intensa publicidad, de implacable economía, sus talleres llegaron a entregar a la clientela unos 1.500 vehículos mensuales. Sus socios consideraron aquel resultado, en Diciembre de 1909, como un prodigio. Entonces fué cuando el gran innovador creyó llegado el momento de exponer y de aplicar su sistema:

— Señores, — dijo a sus ingenieros — de hoy en adelante, todo el mundo tendrá derecho a pedir que le pintemos su auto del color que le dé la gana, con tal que sea de negro...

Esta fórmula gráfica, de la que está Mr. Ford orgulloso como de un eureka, contiene todo el secreto de su triunfo. Con ella, en efecto, puso fin a los modelos diferentes, para reducirse a uno solo: el más modesto de todos, el más barato, mejor estudiado para un país sin carreteras, al que más fácilmente podían conquistar los mercados del universo entero. Sus socios que habían cifrado sus esperanzas, por el contrario, en competir en elegancia y en precisión mecánica con los constructores franceses e ingleses, pusieron el grito en el cielo, asegurándole que los llevaba a la ruina. Muy seguro de sí mismo, el gran innovador contestóles:

— Vuestro error está en figuraros que el automóvil es un objeto de lujo cual las carrozas y los caballos de pura sangre. Este carro movido por un minúsculo motor, representa una revolución nunca vista en el universo. De estas ruedas que corren solas, va a salir un orbe nuevo, del que no tenemos aún la menor idea. El ferrocarril no es nada comparado con esto. Esto es el mañana universal. Cada hombre tendrá necesidad de poseer uno de estos juguetes como ahora tiene necesidad de un reloj de bolsillo. ¿Qué digo! Habrá gente que por pobre, por económica, por avara, no quiera comprar un reloj y que sin embargo posea su auto.

Como los estatutos le daban derecho a dirigir la fábrica a su antojo, los que le habían confiado sus capitales para hacerlos fructificar tuvieron que resignarse o venderle sus acciones. Los que vendieron, no tardaron en arrepentirse de lo que habían hecho. Cada año, desde aquel feliz 1909, el número de coches que salían de las manufacturas de Detroit, crecía como por encanto. Ved la progresión:

En 1910: 34.000.

En 1911: 78.000.

En 1912: 168.000.

Y así, hasta llegar, en 1923, a la suma fantástica de 4.000 al día, 104.000 al mes, 1.250.000 al año...

Después de darnos estos datos precisos y preciosos, Henry Ford nos asegura que aun tiene que progresar mucho la venta. Por ahora, en efecto, los Estados Unidos son el único país que ha llegado a verse casi saturado de autos. Pero queda el resto del mundo en donde puede decirse que el coche sin caballos resulta aún un lujo. «C'est une femme chic; elle a une voiture», se dice en París. Y en ciertas provincias de España, la gente sale, asombrada, a la ventana, para ver pasar a esos extraños hipócricos que tanto polvo levantan. Es preciso, pues, llegar a conquistar el mundo entero. El gran yanqui no ignora que el más terrible de los escollos para su campaña, es el prejuicio estético que reina en Europa y en la América latina. Los vehículos de ruedas altas, de forma monótona, de color uniforme, no seducen a los que pueden comprar otros modelos más armoniosos y más variados. Pero eso no le importa gran cosa. Para los que tienen ideas de tal índole, allí están siempre los fabricantes que se ocupan de líneas esbeltas, de motores sin válvulas, de velocidades vertiginosas, de fuerzas enormes. El coche de lujo o de fantasía, no es de su reino. El no trabaja más que para la inmensa masa que quiere ir de un pueblo a otro o de una calle a otra sin someterse a la tiranía de los ferrocarriles y de los tranvías. En este sentido su modelo único, parecele inmejorable. Lo que busca, es el medio de hacerlo más barato cada día, para que haya más gente que lo adquiriera. Cuando alguien le sugiere una idea capaz de economizar algunos segundos en la fabricación de una pieza, la recibe con entusiasmo, pensando que, gracias al conjunto de esas innovaciones mecánicas, logrará disminuir aún el precio de sus productos. Porque más que un negociante, es un apóstol. Lo que quiere es que no haya un ser humano sin su auto. El auto es el primer paso de la existencia futura, hecha de progreso, de justicia, de esfuerzo común.

Existe en Ford un sentimiento que no es tan raro como se cree en los yanquis y puede llamarse idealismo. Se ve que está orgulloso de ser el hombre más rico del mundo, como de un campeonato ganado, de un record obtenido, de una victoria alcanzada. Se trata, pues, de no dejarse quitar el título de campeón. Pero, en el fondo, no es el dinero lo que le anima y entusiasma. Hay en él algo superior al lucro material. Hay un orgulloso sentimiento humanitario, generoso, magnánimo, filantrópico, altruista. Y también un orgullo de trabajador desceoso de llenar con su nombre el mundo, de hacer ver su voluntad en perpetuo progreso. Uno de sus biógrafos, dice hablando de él: «Si se arruinara mañana, no se sentiría más pobre que ahora, porque su verdadera riqueza está en sus ideas». Y el mismo Ford, en su «Life and Work», escribe: «¿Qué es el dinero? Un vehículo, un medio de transporte. Una sociedad de millonarios, estaría sometida a los propios trabajos y vicisitudes de las sociedades actuales: habría millonarios coci-

neros, millonarios médicos, millonarios pobres, millonarios ricos». Estos sentimientos son tan sinceros, que cuando, en 1919, la Sociedad Ford estuvo, por causa de la guerra, a punto de quebrar y de no poder pagar una suma de 78 millones de dólares, el único que no se sintió emocionado ni dejó de sonreír, fué Henry Ford. Ya había tomado, según parece, sus medidas para fundar, con el apoyo de nuevos amigos, otra pequeña fábrica y comenzar de nuevo su empresa. Ahora que no tiene que temer ninguna crisis futura por terrible que sea el porvenir financiero del mundo, sus automóviles según su propia frase, «andan solos». Y lo que le preocupa, son otras cosas.

Otras cosas que se hallan cerca de la política, de la filosofía y del apostolado... No debemos olvidar, en efecto, que este hombre, aprovechando la popularidad inverosímil de su nombre, piensa en presentar su candidatura a las próximas elecciones presidenciales de Estados Unidos. De este modo, por cierto, él no habla en su autobiografía. Pero Mr. Gillet, su comentarista, dice hablando de lo que podría ser su obra reformadora: «Ya sería un gran servicio demostrar que el imperio de la fianza tiene límites y proclamar la independencia del trabajo. Además de combatir el dinero, este hombre combate la miseria y cree que es posible suprimirla y además suprimir la guerra. ¿Cómo? Por el trabajo, por la economía bien entendida, por el aprovechamiento de los recursos y de las fuerzas de la naturaleza. ¿No es, acaso, un ejemplo de locura ciega, eso de que se lleve carbón para la industria de las márgenes del Missisipi que, con sus aguas, puede proporcionar calor, luz y fuerza en cantidades inñitas? En sus talleres, gracias a sus máquinas, Henry Ford ha logrado aprovechar hasta los desechos humanos, los mutilados, los ciegos, los sordos, dignificándolos así con el trabajo apropiado a sus fuerzas y convirtiéndolos en seres productivos. Esto no es todo: su gran ensueño, es de un género bucólico y universal; se trata de las labores agrícolas. Según él nos lo asegura, el ciclo entero de las operaciones rurales, gracias a las máquinas agrícolas, no requiere ya estudios, ni toma más que algunos días en cada estación. La naturaleza emplea seis meses en madurar los trigos, pero el hombre los siembra y los recoge en un minuto. ¿Qué hace el agricultor en estos largos intervalos? Esperar. Pues entonces, ¿por qué no imaginar vastos talleres en los cuales trabajara el campesino durante esas vacaciones obligatorias? El ritmo de una vida la mitad campestre y la mitad industrial, sería salvador del mundo...

¿Hay algo de utópico en estos proyectos? Un ingeniero francés que conoce América y que ha estudiado el problema de lo que, según creo, se llama inmigración golondrina, me asegura que en las inmensas tierras argentinas es donde con mejores probabilidades de éxito podría ensayarse el sistema rural de Ford.

— De tal manera, — agrega, — se convertiría a los «golondrinos» españoles e italianos que hacen viajes de ida y vuelta, en trabajadores constantes que harían cada año una temporada de fábrica y otra de campo...

Puede que tenga razón este amigo de todas las visiones de progreso. Y puede que el que hoy no es sino el hombre más rico del mundo y el más grande fabricante de automóviles, se convierta mañana en el salvador de la humanidad, en el realizador de la quimera sublime de suprimir la miseria, en el instaurador del reino de la justicia basada en la misericordia fraternal... Pero hay que decir que si sus compatriotas lo admiran y ven en él al ser admirable y envidiable por excelencia, no es a causa de sus ideas evangélicas y de su desprecio de las riquezas materiales, sino, al contrario, por su fortuna y sus automóviles. Henry Ford, en efecto, aparece en los Estados Unidos, como superior a los Vanderbilt y a los Morgan, porque posee más millones que ellos. Esto él mismo lo sabe. Y por eso ha escrito su libro, con objeto de sacudirse el polvo de oro que lo cubre y de adquirir la aureola de apóstol que cree merecer, más que por sus obras ya realizadas, por las que, si Dios le da vida, anhela llevar a cabo. Y esto es muy hermoso... Mas, como dicen los árabes, sólo Alá es dueño del porvenir...»

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos—Marrons
Glacees—Caramelos finos.

Cajas para Bodas
SALON DE TE

Serrano, 28